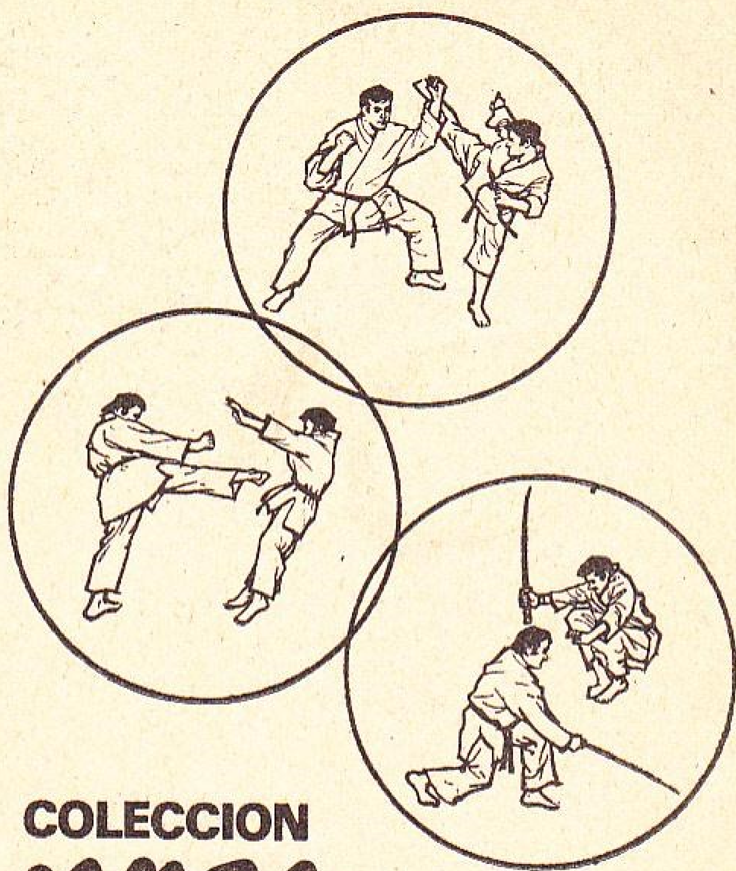


¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

FRIO MORTAL



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

FRIO MORTAL

Colección ¡KIAI! n.° 78
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA —BOGOTÁ — BUENOS AÍRES — CARACAS — MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

73. — *El makimono.* Lou Carrigan
74. — *Cinco discos de jade.* Curtis Garland
75. — *El dogal al cuello.* Clark Carrados
76. — *Los budokas asesinos.*Lou Carrigan
77. — *Petróleo a go-go.*Ralph Barby

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 15.795 — 1978
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición: junio, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallés (M-152. Km
21,650) Barcelona — 1978

CAPÍTULO PRIMERO

EL ASESINO

Los periódicos del día publicaban, casi todos ellos, la misma noticia y en titulares muy semejantes:

> “EL ASESINO BUDOKA A PUNTO DE SER PROCESADO. LAS PRUEBAS OBRAN YA EN PODER DEL FISCAL."

Había sido un caso rápido. Muy rápido.

En cuestión de dos semanas se habían reunido todas las pruebas contra el presunto asesino, y éste iba a ser ahora llevado ante el jurado de la ciudad de Santa Marina, ciudad costera californiana, perteneciente al distrito de San Diego.

Para una localidad tan pequeña e insignificante, aunque muy industrializada y conocida por su industria pesquera, tanto envasadora como congeladora, un suceso como aquél era un verdadero acontecimiento local que, por su importancia, llegaba a escala de todo el Estado de California, e incluso a escala nacional, dada la personalidad del acusado.

No había sido tarea fácil reunir a un jurado imparcial, porque la mayoría de ciudadanos de Santa Marina tenía formado ya un criterio personal sobre el caso, y eso les eliminaba para intervenir en el mismo. El abogado defensor había rechazado a una serie de candidatos, y sólo al final aceptó a doce personas aparentemente justas, constituyendo un jurado a base cuatro mujeres y ocho hombres, dos de éstos de color y una de las mujeres de origen oriental.

Aquel jurado y el muy honorable juez Morrison, del distrito de San Diego, iban a tener que decidir sobre un extraño caso de asesinato, donde víctima y culpable eran personas harto conocidas por la opinión pública, y habían llevado a los periódicos a hablar tanto y tanto del caso, así como a los boletines de radio y televisión, que era virtualmente imposible hallar una persona totalmente ajena al caso, que no se hubiese formado ya un determinado concepto de los hechos, cosa que iba contra la esencia misma de un jurado ecuánime y sin prejuicios.

De todos modos, los diarios seguían emitiendo opiniones, y eso tampoco favorecería gran cosa al acusado, puesto que el ambiente de hostilidades hacia él, en Santa Marina, el día de iniciarse el proceso, era tangible en todos los establecimientos públicos, en la calle y en el diario y la emisora locales.

Pero ya no se podía demorar más el juicio ni el abogado tenía posibilidad alguna de hallar jurados imparciales y no moldeados ya por las opiniones vertidas. Sabía de antemano que iba a ser un caso

difícil, casi desesperado. El fiscal intentó, sin embargo, dadas las peculiares circunstancias del caso; llegar con el defensor a un acuerdo sobre admisión de un delito de homicidio. El abogado consultó con su defendido y éste se negó, ante el disgusto del defensor. Sus palabras fueron escuetas:

—Soy inocente, *y* como tal me presentaré ante el tribunal. No admito homicidio alguno, puesto que yo no le maté. Es mi decisión definitiva.

El fiscal pareció sorprendido de aquel error del acusado, que podía reportarle una gravísima pena. Pena que, en caso de admitir el homicidio, hubiese quedado rebajada a sólo unos diez años de prisión, como máximo.

Ahora la petición fiscal iba a ser mucho más grave: pena capital o, como mínimo, cadena perpetua. Se examinaría un caso concreto de asesinato en primer grado. El hecho de que el asesino fuese budoka agravaba considerablemente las cosas para él, ya que un golpe de karate, mortal de necesidad, había causado la muerte de la víctima. Y eso significaba que un noble Arte Marcial había sido utilizado como arma para asesinar a un ser humano.

En ese clima se inició el procesamiento. La sala del tribunal de Santa Marina aparecía repleta de público. Mucho más se quedó en la calle, al llenarse los asientos apenas se abrieron las puertas de la sala. La tensión en la pequeña ciudad costera era realmente insoportable cuando el juez Morrison entró en la sala, con aire solemne, y todo el público presente se puso en pie.

Luego, a un gesto del juez, todos se acomodaron. Las miradas de todos se centraron inmediatamente en el hombre que ocupaba el banquillo, junto a su apurado abogado defensor. El gesto de éste no revelaba precisamente seguridad en sí mismo o en la defensa que había de hacer del reo.

Comenzó el desfile de testigos y de evidencias. Sólo muy pocas personas, entre el público que abarrotaba el cálido local de Santa Marina, parecían tener fe en la inocencia del acusado, y miraban a éste con preocupación ostensible.

De esas pocas, dos en especial mostraban una rara angustia, y escuchaban los testimonios acusadores con gesto de desaliento y disgusto. En ocasiones, el acusado se había vuelto a ellos, cruzándose sus miradas un instante fugaz. Los periodistas disparaban sus *flashes* de modo incansable, hasta que el juez ordenó la expulsión de todos los reporteros presentes en la sala.

Cuando llegó el turno de la defensa y del fiscal, un silencio impresionante reinaba en la sala. Resultaba obvio que a nadie le convenció gran cosa el alegato de la defensa, y sí en cambio tuvo gran efecto el largo y firme discurso del fiscal, presentando al acusado

como un monstruo frío y lúcido, capaz de llegar al crimen mediante sus conocimientos profundos de una ciencia como la lucha oriental, cuyos principios debían basarse siempre en la mayor nobleza, la honestidad y el espíritu caballeresco de quienes lo practicaban.

Aquel hombre, el acusado, que hasta entonces había ganado fama de ser un verdadero budoka fiel a esos principios, tal vez porque gracias a ello medró y se hizo popular y mimado, ahora había destrozado su historial y su propia dignidad, al usar un golpe mortal de karate para asesinar a un hombre que, ante testigos, había declarado repetidas veces que era su enemigo mortal, y que le tenía miedo.

Eso, unido al hecho de que numerosos testigos vieron pelear al acusado con su víctima, darle el golpe funesto, y luego escapar, aunque más tarde pudo ser aprehendido por la policía de Santa Marina.

Tras todo aquello, llegó el momento en que el jurado debía deliberar. Las pruebas y testimonios fueron tan concluyentes, tan aplastantes, que los miembros del mismo no tardaron en regresar a la sala, en medio de la general expectación.

— ¿Han llegado ustedes a un veredicto definitivo? —preguntó el juez.

—Sí, señoría.

— ¿Cuál es? ¿Inocente... o culpable?

La respuesta llegó seca, contundente, demoledora:

— ¡CULPABLE!

La sala estalló en rumores, comentarios excitados y revuelo intenso. El mazo del juez Morrison les obligó a callar, enérgicamente.

— ¡Guarden silencio o me veré obligado a desalojar la sala! —avisó con voz rotunda el magistrado.

Callaron paulatinamente los comentarios y se hizo un nuevo y expectante silencio. El juez carraspeó. Y su voz sonó tensa en el silencio:

—Levántese el acusado para escuchar sentencia.

Se puso en pie el reo. Los ojos del juez se fijaron en él. La sentencia retumbó severa, en la sala callada y expectante:

—Escuchado el veredicto del jurado, examinadas las pruebas y evidencias de este caso contra usted, y habida cuenta de que el hecho se cometió a sangre fría, ya que usted es un experto budoka y sabía perfectamente las consecuencias de su terrible golpe sobre un hombre más débil, de mayor edad y de escasísimos conocimientos de tales artes marciales, me veo obligado a considerar esas agravantes en mi sentencia. Por todo ello, "Frank Cole, le condeno a la máxima pena que prevén las leyes de este Estado para el delito de asesinato, y que es la de muerte. La ejecución de la sentencia tendrá lugar en la prisión del Estado, en un plazo no superior a quince días, salvo que la

suspensión de la pena de muerte siga en vigor, como hasta ahora. En cuyo caso, esperará el acusado hasta la fecha que señale el gobernador de California para ejecutar a quienes esperan turno en las prisiones del Estado.

Hubo un nuevo clamor, mientras los fotógrafos lograban irrumpir en la sala, para fotografiar al reo, el juez abandonaba su estrado, y otros reporteros volaban hacia los teléfonos para comunicar la noticia a sus redacciones respectivas.

En el banquillo, Frank Cole seguía en pie, flanqueado por dos agentes del *sheriff.* Entre el público, una mujer de color, una hermosa mulata de pelo rizoso, al estilo afro, y un joven y arrogante oriental de rostro correcto, ojos almendrados y expresión sombría, se quedaron contemplando triste, patéticamente, al hombre sentenciado a morir. Él les dirigió una helada, inexpresiva sonrisa y un encogimiento leve de hombros. Luego, fue sacado de la sala por los dos agentes, que se reunieron fuera con otros cuatro hombres armados para, entre todos, conducir al acusado a un automóvil especial, para trasladarlo desde allí a la prisión preventiva en que había permanecido hasta el día del proceso.

Más tarde, sería trasladado a la prisión del Estado para esperar la ejecución, pero el ambiente en Santa Marina era tenso y hostil, y el *sheriff* temía cualquier posible intento de linchamiento contra el condenado.

Aquella noche, los diarios publicaban la misma noticia en primera plana, con escasas diferencias en la tipografía de cabecera:

> EL BUDOKA, CONDENADO
>
> *CUANDO SE RESTABLEZCA LA PENA CAPITAL EN CALIFORNIA, FRANK COLE, SUPUESTO BENEFACTOR DE LA HUMANIDAD, SERA EJECUTADO POR ASESINATO EN PRIMER GRADO.*

Realmente, era una noticia de primera página. El primero de los hombres del grupo, casi legendario ya, de Los Tres Dragones de Oro, iba a morir, oscura y vilmente, en una cámara de gas del Estado de California, repudiado por todos. Era su fin. Pero también algo más. Era el fin de los Dragones de Oro.

El más sórdido y desagradable final jamás imaginado por todos ellos.

Lena Tiger, la hermosa mulata, y Kwan Shang, el joven chino, inseparables camaradas de Frank Cole en tantas y tantas peripecias a lo largo y ancho del mundo, habían entendido las escasas palabras que los labios de Cole modelaron para ellos, al final del espectacular proceso en la pequeña localidad californiana:

—Soy inocente. Lo juro.

Ellos no necesitaban juramentos para creer en su inocencia. Lo malo es que había numerosos testigos que le vieron; había evidencias demoledoras que le acusaban de modo inexorable.

Sí, era inocente, estaban seguros. Pero ¿cómo demostrarlo? Y si era así, ¿realmente mentían todos... o sucedía algo más extraño e inexplicable que justificara lo ocurrido?

Lena Tiger y Kwan Shang no lo sabían. Pero iban a luchar por averiguarlo. Fuese como fuese, si Frank

Cole era inocente, tenían que demostrarlo. Sólo ellos podrían hacerlo. Porque sólo ellos creían en su inocencia.

Tal vez ni siquiera hubieran sabido por dónde empezar su búsqueda. Pero entonces, precisamente entonces... apareció el Frío Mortal.

* * *

El Frío Mortal había elegido su primera víctima.

Y así comenzó la increíble pesadilla de horror y de muerte en la costa de California. Un lugar cálido y apacible, se convirtió, en poco tiempo, en un lugar de terribles sucesos en los que el frío era protagonista insólito.

Un frio de muerte, que nadie sabía de dónde llegaba ni qué podía ser.

Ian Kowalsky nunca imaginó que aquél iba a ser el último día de su vida. Era un hombre fuerte y vigoroso, lleno de salud. Cierto que le había cansado un poco tener que ir a declarar ante el juez en Santa Marina, en aquel maldito proceso contra el budoka que asesinara a su amigo y socio, Gordon Atkins. Eso, unido al trabajo habitual en su industria, le había molestado más de la cuenta, pero ni lejanamente pudo pensar en un riesgo de muerte, sencillamente porque su salud era espléndida.

Sin embargo, ese mismo día murió.

Y fue el Frío Mortal el que acabó con él.

Kowalsky no pudo prever lo que sucedería inmediatamente después de terminar su jornada de trabajo. Por culpa del proceso de Santa Marina, era ya muy tarde cuando concluyó la tarea y, con un suspiro, se puso en pie, cerrando las carpetas de documentos de la empresa, que devolvió a sus respectivos lugares en los archivadores.

Cerró éstos con llave y se dispuso a salir del despacho, tras apagar las luces del mismo.

Fue entonces cuando oyó las pisadas en el corredor y éstas se detuvieron ante la puerta del despacho. Se sorprendió. A estas horas no pensaba que trabajador alguno de la entidad industrial se hallase

ya en el encristalado edificio de la sede central. Pero, evidentemente, así era. Cuando los últimos, se marchasen, y él creía que iba a serlo hasta que oyó esas pisadas, solamente quedaría el vigilante de servicio, para recorrer el local durante la noche.

Golpearon en su puerta suavemente. Más sorprendido aún de que a tales horas quisiera verle alguien, Kowalsky se aproximó a la puerta, indicando en voz alta:

—Sí, entren. La puerta está abierta...

Se abrió ésta. Unos hombres desconocidos aparecieron enmarcados en el hueco, frente a él. Unos hombres sorprendentes, que hicieron lanzar una exclamación de sorpresa a Kowalsky.

Todos ellos vestían enteramente de un tono metálico, azulado, con caperuzas de igual color. El tejido que formaba aquel extraño uniforme era una mezcla aparente de plástico y tejido metálico flexible. Se quedó mirándoles, absorto.

Descubrió su mirada, aunque no pudo ver sus ojos a través de aquella especie de gruesos vidrios que, sobre ambas pupilas, ponían una especie de vidriosa pantalla color azul más intenso, como filtros solares.

— ¿Qué significa...? —comenzó Ian Kowalsky, sorprendido—. ¿Quiénes son ustedes y qué hacen así?

Uno de ellos, el que iba en cabeza del grupo de cuatro hombres extrañamente vestidos, levantó algo entre sus manos. Ese algo era una especie de tubo, acoplado a una bombona alargada, azul, que llevaba colgada a su espalda. Apuntó con el tubo a Ian Kowalsky.

Luego, éste lanzó un grito agudo, de verdadero pánico, cuando del tubo emergió algo sibilante, de una intensa tonalidad azul, que le envolvió como si fuese un aura fantasmal. El cuerpo se agitó, pareciendo inmovilizarse de repente, en medio de aquel singular resplandor.

De pronto, el clima de la estancia cambió notablemente. Si antes los acondicionadores de aire refrescaban lo adecuado la atmósfera del recinto, ahora, de repente, ya no era solamente un ligero frescor para combatir el clima cálido de California, sino una temperatura glacial, totalmente polar, lo invadió todo, como una bocanada llegada de un infierno helado e increíble.

La puerta se cerró. Los hombres encapuchados, de indumentarias azules, se alejaron por el corredor, lentamente. Dentro del despacho, Ian Kowalsky ya no gritaba ni se movía.

No podía hacerlo. No podía hacer ya absolutamente nada. Había muerto congelado.

CAPÍTULO II

TESTIGOS QUE MUEREN

—Congelado... ¿Qué significa eso?

El funcionario miró apuradamente a quienes le interrogaban. Se encogió de hombros.

—Lo siento —declaró—. Es todo lo que sé. El señor Kowalsky apareció esta mañana muerto. Congelado, exactamente. Es lo que me dijeron. Nadie sabe muchos detalles del suceso. La policía está aquí, pero no parece haber sacado nada en limpio. Basta ver sus rostros.

Kwan Shang y Lena Tiger cambiaron una mirada de perplejidad evidente. El joven chino se encogió de hombros.

—No lo entiendo —confesó.

—Yo tampoco —fue la respuesta de la atractiva mujer de color.

—Nadie lo entiende, si he de serle sincero —admitió el funcionario, confidencialmente—. Pero en un negocio de congelación, ¿qué otra cosa se puede esperar?

Si era un chiste, no tuvo gran éxito. Kwan y Lena se alejaron de la gran factoría de congeladores de pescado de Santa Marina. Su mirada seguía siendo pensativa y perpleja.

—Era uno de los testigos que juró haber visto a Frank golpeando a ese hombre, a Gordon Atkins —comentó ella.

—Sí. Por eso vinimos a verle, Lena. Pero ya has visto: murió congelado. Es todo lo que saben, todo lo que dicen...

—Congelado en su propio despacho... Eso no tiene sentido. Si hubiera sido en las cámaras de congelación, todavía. Pero así... — Lena movió su cabeza, peinada al estilo afro, con el pelo muy encrespado—. No lo entiendo, la verdad.

—Lo cierto es que tenemos que buscar por otro lado.

—Sí, pero ¿por dónde? —gimió ella.

—Ah...—Kwan se encogió de hombros—. Yo diría que por otro de nuestros testigos.

Quiero decir, los que aseguran haber visto a Frank matando a Atkins.

—Fueron varios. Exactamente seis,...

—Eso es. Seis. Y todos relacionados con la empresa de Atkins. Con sus grandes negocios de... congelación de pescado, precisamente —la mirada almendrada de Kwan reveló astucia—. ¿Te has dado cuenta de eso, Lena?

—Sí —ella enarcó las cejas—, pero sigo sin ver la relación.

—Yo tampoco. Sin embargo, deba tenerla. Frank llega a Santa Marina atendiendo la llamada de un viejo amigo, éste no aparece por parte alguna, según dijo... y de repente le ven golpeando mortalmente a otro que, precisamente, también ha sido amigo suyo... Es absurdo.

Todo absurdo. Pero ha de tener algún sentido.

—Evidentemente, lo tiene. Pero hemos de encontrarlo. Donde esté.

—Sí, Lena. Hemos de salvar a Frank. Sólo nosotros podemos sacarle de esa celda donde, por cualquier inesperada rectificación legal, puede llegar a pasar sus últimos días, antes de pasar a la cámara de gas. Y aunque la pena capital no se implante de nuevo, será toda una vida en un presidio por algo que no cometió. Y nadie, ahora, levantará un solo dedo para ayudarle a salir de todo esto. Nadie,... excepto nosotros.

—Nosotros. Sí, Kwan. Lo hemos intentado con Kowalsky. ¿Qué sucederá después? ¿Quién nos confesará que ha mentido, que no pudo ver a Frank matando a nadie, porque Frank no es un asesino?

—No lo sé. Tal vez nadie. Tendremos que sacar la verdad de entre un amasijo de mentiras, pero lo haremos. Estoy seguro. Lo haremos... —Kwan Shang sacó de su bolsillo una agenda. Consultó unos nombres—. Creo que iremos a ver a Sharon Blake.

— ¿Sharon Blake? ¿Quién es?

—Una de las testigos. La única mujer. Y, por cierto, me han informado de que es la amante oficial de Irwin Skelton.

—Irwin Skelton... Me suena ese nombre.

—Es la más importante industria de congeladores de todo California. El gran rival de la Atkins Limited que dirigían Gordon Atkins y su socio, Ian Kowalsky.

—Vaya, en principio parece que todo encaja.

—Tal vez —Kwan se encogió de hombros—, pero es un endiablado embrollo. Uno no sabe qué hilo coger, Lena...

—Debemos intentar con uno, el primero que se nos ocurra. ¿Has pensado en Sharon Blake, tal vez?

— ¿Por qué no? Es un modo de empezar, como otro cualquiera.

* * *

Sharon Blake enarcó las cejas, mirando a sus visitantes.

— ¿Qué esperan que pueda hacer por ustedes? —indagó.

—Que nos aclare algo, simplemente, señorita —sonrió Kwan Shang, amablemente—. La oímos testimoniar en la sala del tribunal contra Frank Cole, y...

—Ah, ¿es eso? —repentinamente, la llamativa pelirroja mostró una clara frialdad en su rostro hermoso y ovalado, de grandes ojos pardos —. Si lo que pretenden es que les hable de ello, pierden su tiempo. Imagino quiénes son ustedes dos. La prensa habló de dos aliados de ese Cole, un chino y una mulata...

—Somos nosotros, en efecto —asintió *Lena.,* adelantando su busto hacia la otra, con energía—. Pero el juicio terminó. Nadie va a pedirle

que cambie su declaración o se contradiga. Eso ya pasó. Nadie es juzgado dos veces por el mismo delito.

—Entonces, ¿a qué han venido? —desconfió ella.

—Lo único que puede cambiar el destino de nuestro amigo es demostrar que él es inocente y lograr su libertad y rehabilitación. Nada más.

—Pero en eso yo no puedo ayudarles. Si estuvieron en el juicio ya vieron lo que declaré.

—Sí, ya vimos. Usted fue testigo de la acusación.

—Exacto.

— ¿Dijo toda la verdad?

— ¿Lo dudan? —se ofendió ella, bruscamente, mirándoles con cierta acritud.

—No, no es eso. Pero ¿realmente, usted "vio" a Frank Cole matar a Gordon Atkins?

—Yo vi al acusado golpear a Gordon Atkins. No soy experta en karate. Otros lo vieron y confirmaron que sí, que era un golpe mortal. Lo cierto es que el señor Atkins cayó en seco, y no se levantó nunca más. Y así lo conté.

—Ya. Y el agresor... era el mismo hombre que se sentaba en el banquillo —insistió Lena, la mirada fija en ella.

—Sí. Era él.

— ¿Sin lugar a dudas?

—Ninguna duda. Quise estar bien segura. Sabía lo que valía mi declaración. No me gustaba la idea de enviar a un hombre a prisión o a la cámara de gas, quedándome la duda de si era inocente o no.

— ¿De modo que se aseguró bien? —apuntó Kwan.

—Sí. Me aseguré muy bien. Cuando hablé no tenía duda alguna. Era él. Ya oyeron a los demás. Todos coincidían conmigo.

—Sí, eso es cierto. Evidentemente, todos ustedes vieron bien al agresor, antes de huir, Y era el acusado.

—Lo siento —afirmó Sharon, mirándoles—. Así fue.

—Usted tiene relación con Irwin Skelton, ¿verdad? —indagó Lena.

— ¿Y qué si la tengo? —se engalló ella, bruscamente.

—No, nada —sonrió la mulata—. Su vida privada es cosa suya. Pero resulta curioso que, precisamente usted, fuese uno de los testigos presenciales del hecho, siendo Irwin Skelton el gran competidor de las Industrias Frigoríficas Atkins.

—No fue casual. Ese día había una conferencia especial de industrias de la congelación de alimentos. Todos asistían, aunque fuesen competidores. Se puede ser enemigo casi mortal en el terreno de la competencia comercial, y, sin embargo, ser luego personas que se ponen de acuerdo en una mesa de negociaciones para el bien común. La convención estaba motivada por algo nuevo que se quería

estudiar, creo que una propuesta técnica o algo así. Nunca me interesé gran cosa por los negocios. Cuando acudíamos todos al lugar de reunión, fue cuando sucedió todo. Recuerdo que Gordon Atkins descendió de su automóvil, ante nosotros, para entrar en el recinto de la convención. Entonces, surgió súbitamente ese hombre amigo de ustedes, Frank Cole. Se precipitó sobre él, Atkins gritó algo así como "¡Canalla, traidor! ¡Voy a despedazarte!" Y entonces, ese hombre saltó sobre Atkins y le golpeó, al tiempo que gritaba con voz muy clara: "Lo siento, Atkins, pero debo hacerlo." Y eso fue todo.

—Exacto. Lo mismo que usted declaró allí, en el juicio —asintió Lena.

—Como ven, nada puedo añadir que les ayude. Lo lamento. Me limité a decir la verdad. No tenía el menor motivo para atacar a su amigo ni para inclinarme a favor de Atkins. Supongo que tampoco los demás, aunque uno de ellos fuera socio del difunto...

—Sí, Kowalsky —afirmó Kwan Shang—. Ha muerto anoche.

— ¿Qué? —se sorprendió la pelirroja, mirándoles con asombro. Apoyó sus codos en la mesa del restaurante donde los dos amigos de Cole la habían localizado, cerca de Santa Marina Beach, y musitó—: No puedo creerlo...

—Pues así fue. Y, cosa curiosa, murió... congelado.

— ¿Congelado? ¿En alguna cámara frigorífica de la empresa?

—No. En su despacho —suspiró Kwan, contemplando el gesto de enorme sorpresa que alteró el bello rostro de la amante del poderoso magnate de las industrias frigoríficas de California, Irwin Skelton.

* * *

—Es inconcebible. Todos los testigos se reafirman en lo dicho. Y ninguno parece tener el menor motivo para causar daño a Frank...

Lena asintió, sin comentar nada ante las palabras de Kwan. Tras un momento de duda, apuntó:

— ¿Recuerdas a la hija de Atkins, durante el proceso? Insistió muchas veces en que Frank había amenazado de muerte a su padre...

—Otra cosa sin sentido. Que yo sepa, Frank fue amigo de Gordon Atkins hace tiempo, cuando aún no era uno de nosotros. Cuando era actor en Hong Kong y otros lugares así. Creo que él tuvo alguna relación con Atkins, pero ignoro cuál. Y ahora, de repente... esa relación se convierte en odio, uno grita violentamente, el otro golpea y mata... Rotundamente, no. Digan lo que digan todos ellos, Frank no pudo hacerlo. Estoy seguro.

—Yo también, Kwan. Tiene que haber una explicación, la que sea. Pero tiene que haberla.

—Es lo que estamos buscando —la mirada almendrada de Kwan

se deslizó vagamente por el litoral, las gaviotas revoloteando en los embarcaderos, los remolcadores y barcos de pesca navegando sobre el tranquilo océano—. Pero no lo encontramos.

— ¿Por qué no hacemos una cosa? —sugirió Lena—. Actuar cada cual por un lado, como hicimos siempre. Creo que es lo más sensato.

—Sí, está bien. ¿Qué piensas hacer tú, Lena?

—Deja que siga investigando a los testigos y cuantos han intervenido, de un modo u otro, en el caso.

— ¿Y yo? ¿Qué crees que debo hacer?

—Yo te sugeriría algo.

— ¿Qué?

—Es sólo una idea, claro. Pero resulta que lo que tenemos más oscuro son las razones por las que Frank vino a Santa Marina y todo lo demás. Tampoco sabemos gran cosa de su vieja relación con Atkins. ¿Por qué no investigas a Frank Cole en persona?

—Eso, al menos, resulta original —convino Kwan, sonriendo.

—Original y práctico. Es preciso que él nos cuente parte de la historia. Tal vez sea la pieza adecuada para empezar a reunir las demás y componer el *puzzle.*

—Intentaré verle en la prisión. Tal vez por no tener familia me admitirán como visita, alegando ser su amigo. Pero no va a ser fácil, Lena.

—Nada es fácil, Kwan. Y menos en este oscuro asunto. Yo también presiento un extraño camino lleno de dificultades. Pero hemos de recorrerlo, queramos o no. Todo, antes de permitir que a Frank puedan hundirlo allí para siempre... o segar su vida.

Y una inconfundible pasión, una emoción clara y profunda, latía en las palabras cálidas de la bella mulata cuando dijo eso.

—Sí, Lena —Kwan deslizó su mano en la de ella y la oprimió con calor, fervorosamente—. Vamos a hacerlo. Y triunfaremos, estoy seguro.

En los oscuros, brillantes ojos de Lena Tiger había humedad. Y Kwan Shang no recordaba haber visto eso antes en aquella mirada profunda y apasionada.

* * *

Neil Benson era el jefe de servicios técnicos de la Industria Frigorífica Skelton. Había presenciado el crimen, como los demás testigos citados por la acusación. Él era además budoka aficionado y sabía lo que veía.

Estaba leyendo el periódico, con los grandes titulares donde se anunciaba la muerte misteriosa de Ian Kowalsky. Un estremecimiento sacudió a Benson. Dejó el periódico a un lado y reflexionó,

preocupado.

El también conocía a Ian Kowalsky, aunque trabajasen en empresas distintas. Un hombre fuerte y vigoroso, lleno de vida. Y ahora estaba muerto.

Muerto... de frío.

—No lo entiendo —murmuró—. Frío. Frío glacial, capaz de matar, de congelarlo todo, en un despacho normal... El periódico dice que la policía lo encontró todo virtualmente congelado. El cuerpo de Kowalsky con una rara coloración azul, totalmente hecho hielo... Absurdo. Pero terrible.

Recordó bruscamente lo que sabía sobre la convención de aquella mañana. Se había hecho a petición de una persona que no vivía en Santa Marina, sino en Los Ángeles. Esa persona era conocida de él. Al menos sabía de quién se trataba, si bien nunca llegó a saber exactamente por qué había convocado esa asamblea de industriales del frío.

—Tal vez él sepa algo... —comentó, entre dientes—. Voy a preguntarle, ¡qué diablos!

Todo esto es tan extraño...

Tomó el teléfono. Marcó el número y esperó.

Al final descolgaron. Una voz femenina interrogó en la distancia:

— ¿Sí? Laboratorios del profesor Fenwick. ¿Quién llama, por favor?

—Soy yo, Neil Benson, de los servicios técnicos de la Skelton, en Santa Marina. Deseo hablar urgentemente con el profesor.

—Lo siento. El profesor está ausente y aún no ha llegado. Pero si desea hablar con su ayudante, Rush Broderick, él sí está en los laboratorios de la Planta Central.

—Sí, por favor. Póngame con él, gracias.

Hubo un “clic”, una espera, y luego una voz fuerte sonó al otro extremo del hilo, allá en Los Ángeles.

—Broderick al habla. ¿Quién llama?

—Neil Benson, de Santa Marina.

— ¡Oh, Benson, es usted! —sonó, cordial, la voz de Broderick, al reconocerle—. Bien, amigo mío, ¿qué es lo que desea?

—Supongo que recordará la convención que se celebró en Santa Marina hace días, cuando aquel horrible suceso que costó la vida a nuestro competidor, Gordon Atkins...

— ¡Oh, sí, muy cierto! ¿Quién no lo recuerda? El profesor no pudo exponerles sus planes, y se ausentó rápidamente de ahí, para regresar a Los Ángeles. Fue una lástima que todo se alterase así. El profesor está preocupado por ello...

— ¿Preocupado? —se extrañó Benson.

—Sí. Ya sabe cómo es él. Muy desconfiado, muy receloso. No se

fía de nada ni de nadie. Tiene algo entre manos, y teme que cualquiera pueda robárselo antes de que él venda su patente a las industrias frigoríficas del país.

—Broderick, usted estará al tanto de esas investigaciones, del motivo de la reunión en Santa Marina, puesto que es su ayudante...

—Sí, claro —la voz de Broderick se volvió cauta—. Yo sé cosas... No todo, por supuesto. El profesor gusta de guardar siempre sus secretos para sí. Es muy minucioso en ese terreno. De todos modos, algo sé...

— ¿Puede orientarme en algún sentido, amigo mío?

—Señor Benson, por Dios... —se escandalizó el otro—. Usted no imaginará que yo vaya a traicionar al profesor, revelando datos estrictamente confidenciales y secretos, que pueden valer millones. El espionaje industrial, además, está gravemente penado hoy en día.

—No piense mal de mí. No es espionaje industrial, ni ganas de saber demasiado. Le diré algo. Un hombre de nuestro gremio, Ian Kowalsky, ha muerto anoche en su oficina...“congelado”.

— ¿Qué? —sonó sobresaltada la voz de su interlocutor—. ¿Qué dice?

—Como lo oye. Convertido en un helado témpano, como si hubiera estado metido en un frigorífico a toda potencia. Y con él, todo lo de la oficina: agua, objetos, todo. Incluso el aire mismo dicen que parecía hielo, escarcha flotante...

—Dios mío... —tembló claramente la voz de Broderick—, No es posible...

—Lo es. Podrá leer la noticia en los diarios o verla por televisión. Tal vez eso le convenza. Algo ocurre y no sé lo que es. Por eso quería hablarle. ¿Cree que eso puede tener relación con... con los motivos para aquella convención fallida?

Una duda. Un silencio en el hilo telefónico. Un gran vacío. Luego...

—Sí. Creo que sí puede tenerlo... Es urgente que le vea, Benson.

—Me verá. Si vale la pena, saldré esta misma tarde hacia Los Ángeles.

—Hágalo, por favor. Le estaré esperando aquí, en los laboratorios. No se demore, se lo ruego.

—No me demoraré. Esté seguro de ello... —vaciló—, pero... ¿esa muerte helada significa realmente algo?

—Sí, Benson. Escuche. Le diré solamente algo, para que tenga una leve idea. El profesor ha...

En ese momento, el teléfono cayó de la mano de Benson. Sus ojos asombrados se clavaron en la entrada, donde, súbitamente, habían aparecido unos extraños, fantásticos personajes.

Eran tres y vestían todos igual: trajes aluminizados, de color azulado, con caperuzas del mismo material y color. Se completaban

con guantes y calzado del mismo género. Unos círculos de vidrio azul intenso protegían sus ojos.

— ¡Eh, ustedes! —exclamó Neil Benson, incorporándose aturdido —. ¿Qué diablos hacen aquí? ¿De qué carnaval se han escapado?

No le respondió nadie. Al menos, no con palabras. Por el contrario, el que iba en el centro, alzó el tubo que llevaba, adherido a una bombona o recipiente adosado a su espalda. Todo ello azul, como sus ropajes extraños.

De repente, de aquel tubo surgió algo, una especie de luz o chorro luminoso de un intenso, deslumbrante azul, que envolvió rápidamente a Benson. El técnico emitió un grito agudo, que se quebró en un silencio, al sentir azotándole un terrorífico frío como jamás había notado.

Un frío que, apenas le rozó, convirtió su cuerpo todo en pura costra de hielo azul. Alrededor suyo todo se helaba. Incluso el oxígeno mismo del aire, se hacía denso, cristalino, envolviendo el cuerpo crispado, encogido, del hombre que poco antes hablaba por teléfono.

En la estancia helada una voz inútilmente se perdía brotando por el auricular telefónico:

— ¡Benson! ¡Escuche, Benson! ¿No está usted ahí? ¡Benson...!

Neil Benson, técnico en frío industrial, jamás respondería a llamada alguna.

El Frío Mortal le había convertido en hielo puro, en una estatua humana fantásticamente congelada.

Los seres de indumentaria azul metálico se alejaban, con su extraña máquina de muerte consigo. Neil Benson tampoco iría nunca a Los Ángeles, a conocer el secreto del profesor Hugh Fenwick.

CAPÍTULO III

AMENAZA GLACIAL

Frank Cole miró largamente a su visitante, a través del panel que le separaba de él en los locutorios de la prisión del condado, desde donde pronto sería trasladado a la penitenciaría del Estado de California.

—Kwan... —murmuró—, ¿No crees que ya es todo demasiado difícil para que tú vengas ahora aquí?

— ¿Te molesto?

—Al contrario. Me resulta doloroso. ¿A ti no?

—Claro. Pero es necesario.

— ¿Necesario para qué? La gente debe estar loca. Pero no puedo demostrarlo. Todos me identificaron como el autor de la agresión mortal a Atkins. Dicen que yo le descargué el golpe en *Oie-Tsuki-Dachi.* Y justamente sobre un *atemi:* su *hichu* o nuez de Adán. Mortal, tú lo sabes. Atkins murió en el acto. No podía ser de otro modo.

—Pero tú no lo hiciste...

—Claro. Sin embargo, no puedo demostrarlo. En absoluto. Ni siquiera tengo coartada para aquel momento. Nada en absoluto.

— ¿Dónde estabas, Frank?

— ¿Qué importa dónde? Ya te dije que no puedo demostrarlo en absoluto.

—A mí no necesitas probarme nada. Dime dónde estabas.

— ¿Te servirá de algo?

—He venido por eso, Frank.

—Está bien. Había venido a ver a un viejo amigo. En ello estaba cuando mataron a Atkins.

— ¿Qué amigo y dónde?

—Morgan Wise. Un antiguo productor de cine con el que hice mi primera película. Gracias a él, fui lo que llegué a ser en el cine. Y lo que, indirectamente, he sido luego junto a vosotros. Le debía ese favor.

—Claro. ¿Y qué hace ahora Morgan Wise?

—Negocios. Dejó el cine hace años. Casualmente, tenía una cierta relación con Gordon Atkins.

—No... —Kwan le miró fijamente. Hubo un destello en sus ojos almendrados. Su joven rostro aceitunado reveló astucia y tensión—. No me digas que Wise... pertenece al mundo de la industria frigorífica.

—Exacto —asintió Cole. Parpadeó, intrigado—. ¿Por qué dices eso?

—Frank, hay algo raro, muy raro, en todo esto. Algo oscuro e incomprensible, en lo que tú puedes ayudarme mucho. Y hazlo

deprisa, porque sólo tenemos quince minutos de tiempo para charlar, y pasan enseguida.

— ¿Qué quieres saber?

—Todo. Frank, ¿por qué te llamó ese Wise a Santa Marina?

—No lo sé, Kwan. Cuando llegué al lugar que me había indicado, no lo encontré. Su local estaba cerrado y sin nadie guardándolo. Eso fue todo. Y, mientras tanto, justo a la hora de esa cita, mientras buscaba a Wise en un local totalmente vacío, sin dar con él, Atkins moría, en otro lugar, muy lejos de allí... ¡a mis manos! Eso es absurdo, Kwan.

— ¿Tú conociste alguna vez a Atkins, también?

—Sí. Entonces él y Wise eran socios en los asuntos de cine. Luego se pelearon. Creo que eran no sólo rivales en sus negocios añora, sino enemigos irreconciliables. Es todo lo que sé.

— ¿Le habías visto en Santa Marina?

—No. Sólo en fotografías. Le recordaba, eso es todo. Pero no tenía nada que ver con él.

—Sin embargo, su hija declaró en el juicio que le habías amenazado varias veces; que te habías convertido en su mortal enemigo...

—Eso es un puro disparate. Aunque ella lo decía convencida, como si fuese cierto. O es una gran actriz, o cree lo que dice. En ambos casos, sigue sin tener sentido el asunto, Kwan.

—Tal vez exista un sentido muy oculto en todo esto, Frank. Tal vez... —Kwan movió la cabeza, pensativo—. ¿Es todo lo que sabes?

—Todo, sí. No comprendo bien el comportamiento de Wise. Me citó en una industria que tiene cerrada hace tiempo. No se sabe siquiera que esté en la ciudad, y nadie cree que el me llamara telefónicamente a San Francisco para solicitar mi urgente presencia aquí.

—Lo entiendo, Frank. Todo tiene el aire perfecto de una conspiración. ¿Identificaste la voz telefónica como la de Wise? —Sí. Desde luego.

—Una voz se puede fingir

—Pero no se pueden exponer detalles que sólo él y yo conocíamos. Era él, estoy seguro,

—Pudieron obligarle a hablar así, para traerte a una emboscada.

—Eso es posible, pero ¿por qué a mí? ¿Qué tengo yo que ver con toda esa gente; con Atkins, con Wise, con sus negocios?

—Frank, anoche ha muerto un hombre congelado. Fue uno de los testigos contra ti. Y socio de Gordon Atkins, además. ¿Qué te parece eso? Y no se congeló en una cámara frigorífica, sino en su propio despacho.

— ¿De qué modo ocurrió?

—Nadie lo sabe. Ni la policía siquiera. Es un gran misterio.

— ¿Crees que tiene algo que ver con mi caso?

—Estoy seguro de ello, Frank.

—Quizá tengas razón. —Cole miró en torno suyo. Sus grises, acerados ojos, brillaron con disgusto, al contemplar las rejas—. Resulta duro admitir que aquí no puedo hacer nada; que dependo exclusivamente de vosotros...

—No te preocupes. Deja el asunto en nuestras manos, Frank —le alentó Kwan—. Te sacaremos de ahí, no lo dudes.

—Gracias, Kwan, amigo —apretó los labios el rubio ex actor—. ¿Cómo está Lena?

—Muy bien. No te preocupes por ella. También está metida en esto. Entre los dos lo resolveremos, estoy seguro.

Entró un agente de policía. Habló, seco:

—Es la hora. La visita ha terminado.

—Adiós, Kwan —se despidió Cole.

—Hasta pronto —fue la respuesta esperanzadora del joven chino.

* * *

Ivy Atkins se volvió, dejando de contemplar los grandes camiones frigoríficos que entraban y salían de la factoría que ahora ella dirigía en ausencia de su difunto padre. La gran vidriera asomada a la panorámica general del interior de la gran industria recortó su esbelta y bien formada silueta y sus rubios cabellos Usos y largos.

—Lena Tiger... —recitó lentamente—, ¿Quién es usted, exactamente, señorita?

—Como ve, una mujer de color.

—Eso no me importa. No soy racista. ¿Quién es, con exactitud? ¿Por qué deseaba verme?

—Tenía que hablar con usted. Soy miembro de un grupo llamado Los Tres Dragones de Oro.

— ¡Los Dragones de Oro! —exclamó Ivy Atkins, apartándose de la cristalera y acercándose a Lena mirándola con sus ojos azules, centelleantes de cólera—. ¿Y se atreve a venir aquí? ¡Usted es una de ellos, de ese trío que capitaneaba el asesino Frank Cole!

—Soy, en efecto, una compañera de Frank Cole. Pero él nunca fue un asesino. Ha hecho mucho por los demás desde que formamos nuestro grupo, señorita Atkins.

—Fantasías y leyendas de los periodistas. He visto la realidad de su Dragón de Oro.

¡El mató a mí padre ante testigos!

—Yo sé que él no lo hizo,

— ¿Qué dice? ¿Pretende negar lo que todos vieron?

—Su padre no era un enemigo de Frank Cole. No tenía por qué

hacerle daño. Ni siquiera a sus enemigos ha matado, salvo cuando son numerosos y tratan de matarle a él.

—No me venga ahora con romanticismos. Es un asesino. Está comprobado. Por algo le condenaron, ¿no? Juré que no pararía hasta verle encarcelado o conducido a la cámara de gas —asomaron lágrimas a los celestes ojos de Ivy Atkins—. Mi padre era un buen hombre. ¿Por qué tuvo que atacarle? ¿Por qué le envió mensajes amenazadores desde San Francisco?

—El no hizo eso. Un budoka jamás amenaza a nadie.

—Tengo evidencias de ello. Mi padre estaba asustado y me los enseñaba. Él había conocido a Cole cuando él empezaba en el cine, y se inició en una productora que tenía con otro amigo. Ese amigo, últimamente, era adversario de mi padre. Incluso se habían llegado a golpear en una ocasión. Él le amenazó con enviarle a alguien que le devolvería los golpes recibidos, puesto que mi padre fue quien llevó la mejor parte en la lucha. Y así lo hizo. Ese alguien a quien recurrió era Frank Cole. Invocando viejos favores, le utilizó como un guardaespaldas profesional, y le lanzó contra mi padre. Cuando él le vio en la entrada de la convención, se sintió furioso y le increpó. Ya sabe lo que pasó luego: Frank Cole le replicó con un solo golpe, que fue suficiente. Mató a mí padre al golpearle en la garganta con una *kata* mortal.

—Entiendo. Esa es su historia completa, ¿no, señorita Atkins?

—Es más que eso, señorita Tiger. Es la verdad desnuda. Mi padre así me la contó. Luego, la triste verdad confirmó sus palabras.

—Usted habló de todo eso en el juicio, pero omitió el nombre de ese presunto amigo de su padre...

—No me lo preguntaron, porque creo que ya lo sabían. Yo sí se lo facilité al fiscal privadamente,

— ¿Quién era el tal amigo que llegó a ser su adversario mortal y que, según usted, ordenó a Cole matar a su padre?

—Se llamaba Wise. Morgan Wise. Creo que ha desaparecido. La policía lo está buscando. Tenía una industria mediana y cerró, arruinado por la competencia de mi padre. Esa es la historia completa. ¿Tiene suficiente, señorita Tiger?

—Sí, gracias —suspiró Lena, poniéndose en pie—. No sé lo que sucedió, ni cómo sucedió, ignoro en qué extraño lío se ha metido mi amigo Cole... o le han metido. Lo que sí le garantizo es que, por imposible que le parezca, él *es* inocente. Yo se lo diré algún día, cuando todo esté realmente aclarado.

—Señorita Tiger, no tengo nada personal contra usted. Es más, su lealtad hacia ese asesino es digna de encomio, por lo que tiene de nobleza y de amistad. Pero está perdiendo su tiempo. Si él no mató a mí padre... ¿quién le golpeó y le mató, a la vista de todo el mundo?

Lena se paró, de repente, cuando estaba ya camino de la salita.

—Eso es —asintió, con ojos fulgurantes—. ¿Quién? Usted ha dado justamente en el clavo ahora.

— ¿A qué se refiere?

—A algo que no se me había ocurrido todavía y que, sin embargo, es claro como la luz del día. Eso explicaría que el crimen se realizase a la vista de todo el mundo, en pleno día y en un lugar concurrido.

—Temo no entenderla...

— ¿Usted cree que ningún asesino sensato cometería una estupidez tan grande como ir a matar a un hombre a la vista de todos? Entonces, Frank Cole no sería solamente un asesino, sino además un perfecto imbécil. Y le aseguro que eso nunca lo ha sido. Es más, puedo asegurarle que es un hombre culto, inteligente, que habla siete idiomas y posee conocimientos diversos.

—Todo eso no cambia las cosas, amiga mía. Él lo mató.

—Yo diría que fue alguien a quien todos identificaron como Frank Cole, porque, aparentemente “era” Frank Cole. Pero en el cine, donde su padre, su antiguo socio y hasta el propio Frank Cole han trabajado, se suele utilizar con frecuencia un recurso muy socorrido para suplir a un actor en las escenas arriesgadas. A eso se le llama., un “doble”.

— ¡Un “doble”! ¿Qué tiene eso que ver con...?

—Quizá todo. Ya le dije que usted había puesto el dedo en la llaga. No fue Frank Cole, sino “otro Frank Cole" casi idéntico a él.

Y llena de seguridad en sí misma, Lena Tiger abandonó el suntuoso despacho de la Dirección de las Industrias Frigoríficas Atkins.

* * *

Mike Riordan, *sheriff* de Santa Marina, anotó los datos en un bloc. Asintió, tras hablar por teléfono con Los Ángeles, al tiempo que colgaba:

—Sí, señor Broderick, gracias por el informe. Hasta pronto.

Luego, se quedó pensativo. Leyó las notas de su bloc y meneó la cabeza, desorientado.

—Frío... Muerto por congelación... Y ese hombre, que dice ser ayudante del profesor Hugh Fenwick, de Los Ángeles, que quiere entrevistarse urgentemente conmigo, porque sabe algo que puede ser de vital importancia... No sé qué pensar de todo esto...

Volvió a repasar sus apuntes. Leyó el nombre anotado:

—Neil Benson, de la empresa Skelton... A ver si encuentro su teléfono...

Lo encontró. Probó a llamar tres veces. Comunicaba constantemente. Resopló, y volvió a llamar, esta vez a una radiopatrulla.

—Id a esta dirección —les dio la de Benson—. Comprobad si todo está bien allí. Un individuo telefoneó, y dice que se cortó la comunicación y oyó un grito. Teme que al tipo le ocurra algo. Yo he probado también, y el teléfono comunica. Investigad y llamadme enseguida.

No tuvo que esperar mucho. Sólo quince minutos más tarde sonaba el teléfono. Lo descolgó. Apenas oyó el informe de los patrulleros, lanzó una imprecación, puso en pie la pesada mole de su cuerpo y se lanzó a la carrera a por su propio vehículo, lanzándose con la sirena en funcionamiento a través de Santa Marina.

— ¡Otro congelado! —masculló por el camino—. Cielos, ¿qué significa esto? La gente muere helada en sus oficinas o sus casas... No entiendo nada de nada.

* * *

Rush Broderick se sentía más tranquilo ahora.

Al menos, había expresado sus temores a la policía de Santa Marina. Aquella interrupción en la llamada de Benson no le gustaba nada. Sobre todo, después de lo que hablaran ambos.

— ¿Será posible que ese frío...? —musitó para sí, preocupado.

No quería perder más tiempo. Recorrería la distancia entre Los Ángeles y Santa Marina en el menor tiempo posible. A buena hora de aquella noche, podía estar ya en la ciudad pesquera donde se concentraba la mayor parte de la industria congeladora y frigorífica de California y de toda la costa Oeste.

Dejó encargado a un auxiliar de los trabajos de laboratorio, notificó a la centralilla que se ausentaba hasta el día siguiente, y descendió a los garajes, para recoger su automóvil y partir lo antes posible.

Le hubiera gustado que estuviera ahora allí el profesor Fenwick para cambiar impresiones sobre la cuestión, pero el científico llevaba varios días ausente, tras su fracasada conferencia de alto nivel con los grandes magnates de la industria congeladora en Santa Marina, y nadie sabía dónde podía estar.

Se metió en el automóvil, poniéndolo en marcha. Había muchos coches en el garaje subterráneo y ninguna persona visible en torno.

Sin embargo, un momento más tarde, otro automóvil aparcado allí cerca, una furgoneta plateada, abría sus puertas traseras y vomitaba a los seres más extraños que jamás viera Rush Broderick.

— ¿Eh? ¿Qué es eso? —masculló, empuñando ya el volante e iniciando la salida hacia la rampa de ascenso.

Los tres individuos que estaba contemplando eran lo más extraño e insólito imaginable. Como surgidos de una relato de ciencia-ficción barato. Enteramente cubiertos por un mono de plástico aluminizado, caperuza, botas y guantes del mismo material, y todo ello de un suave

tono azul. Unos lentes o visores de vidrio azul oscuro se sobreponían a sus ojos, virtualmente invisibles.

Le rodearon en un momento y uno de ellos se inclinó, como un robot siniestro o un curioso marciano, hacia la ventanilla abierta del coche. Broderick, repentinamente alarmado, descubrió una especie de manguera saliendo de un depósito adosado a la espalda del individuo. Enfocó hacia el coche con esa manguera, apuntando directamente a la ventanilla y, por supuesto, a él.

Se asemejaba bastante a los lanzallamas utilizados durante la guerra. Broderick, preocupado, empuñó la pistola que acostumbraba llevar en la guantera de su coche y se enfrentó con el supuesto peligro.

Fue algo increíble. De aquel tubo emergió un chorro azul centelleante, de un destello resplandeciente, que penetró dentro del coche y envolvió en su luminosidad a Broderick.

Este sintió el azote de un frío desconocido. Fugazmente, intuyó que aquélla era la Muerte Helada a la que se había referido Benson por teléfono. Quiso hacer algo y no pudo. Sólo disparar alocadamente su pistola, cuando ya la capa de frío le envolvía en un halo fantástico y terrible a la vez.

Uno de los enmascarados soltó una imprecación. Retrocedió, angustiado, mirando el orificio que el proyectil había producido sobre su uniforme. El desgarro ponía en contacto su piel con el aire exterior.

Gritó, de forma estridente, pretendiendo escapar, correr lejos de sus compañeros del rayo azul. Ya, era tarde. Era imposible conseguirlo. Aquel frío se extendía en el acto, incluso congelando el aire y convirtiéndolo en una especie de cascada cristalina de hielo puro.

Con un castañeteo breve de dientes, el encapuchado de plata se quedó inmóvil, como una estatua. Luego, rodó por el suelo, ante la mirada impotente de sus dos camaradas.

Por la rampa, descendían vehículos, cuyo motor era audible desde allí. Rápidos, los encapuchados corrieron a la furgoneta, sin tiempo material para recoger del suelo al encapuchado caído. Los dos fantasmas azules cerraron las puertas posteriores del vehículo y éste partió velozmente, dejando atrás, casi bajo un coche aparcado, al compañero congelado.

No lejos de él, sobre el volante de su coche, donde el aceite, la gasolina y el líquido de frenos eran ahora simples bloques de hielo, reposaba un cuerpo también petrificado, de un raro tinte azul, cristalino y gélido.

La amenaza helada seguía abatiéndose sobre todos los que tenían alguna relación, más o menos directa, con la industria del frío.

La llamada del *sheriff* de Santa Marina, para informarle del horrible

hallazgo en casa del técnico Neil Benson, no tuvo respuesta nunca. Pero horas más tarde, el *sheriff* de la pequeña ciudad californiana se enteraba por un *telex* de lo sucedido en los garajes de los Laboratorios Industriales de Experimentación Fenwick, en Los Ángeles.

Así conoció la muerte del tercer hombre aniquilado por el Frío Mortal.

Y a cada muerte nueva el misterio se hacía más y más insondable, aunque esta vez, con el hombre muerto, se halló a otro extrañamente ataviado, que debía de tener alguna relación con esa forma de muerte, ya que de no ser por el orificio de bala en su indumentaria metalizada, jamás el frío hubiese llegado a penetrar en su coraza, matándole.

Ahora, al menos, había un dato revelador: los que portaban el Frío Mortal eran hombres ataviados, sin duda, de ese modo.

Pero ¿por qué lo hacían y quién les dirigía?

Para esa doble pregunta no había respuesta alguna.

CAPÍTULO IV

LOS FANTASMAS AZULES

Kwan Shang y Lena Tiger apuraron el último plato en la pequeña mesa del *snack* de Santa Marina donde se habían reunido, ya de noche.

—Ahora intercambiemos información —sugirió Kwan.

Lo hicieron. Se relataron mutuamente el resultado de sus visitas a Frank. Cole y a Ivy Atkins. Al final, entre ambos, tenían formado sobre la mesa, en una hoja de papel, una especie de croquis o boceto de los detalles más concretos del caso, y su posible conexión.

—Resumiendo —suspiró Lena—: Frank acude a San Francisco porque su antiguo productor y amigo, Morgan Wise, le necesita con urgencia para algo grave. Pero Morgan no está en las señas que le facilitó, ni nadie sabe nada de él. Y mientras Cole busca a Morgan, sin testigo alguno que lo confirme, un supuesto Frank Cole asesina con un golpe de karate a Gordon Atkins, a la vista de todo el mundo. Siendo Gordon Atkins antiguo socio cinematográfico de Wise, ahora resulta ser su enemigo mortal e incluso llegan a pelearse violentamente. Entonces Wise le promete que alguien se encargará de vengarle y Atkins empieza a recibir amenazas firmadas por Frank Cole, su antiguo actor. Luego, efectivamente, parece ser Cole mismo quien le mata en público. ¿Correcto?

—Correcto, Lena. Eso es todo, en concreto.

—De lo cual se podría deducir que Wise, queriendo vengarse de su antiguo socio, hizo matar a Atkins y colocó un “doble" bastante bueno de Frank, para culpar a éste.

—Pero ¿por qué? No tiene sentido que involucre a Frank en el crimen, puesto que Ivy, la hija de Atkins, va a demostrar a todos que el supuesto asesino es un enviado de Wise y, por lo tanto, éste será buscado como inductor al crimen. Como así sucede ahora, aunque Wise no aparezca.

—En eso tienes razón. Por tanto, podría pensarse, rizando el rizo de lo complicado, que alguien quiso matar a Atkins, metiendo en ello a Cole y a Wise a la vez.

—Podría ser, pero quedan las amenazas de Wise cuando se pelearon ambos.

—Quizá simple arrebato del momento. Luego, es posible que no volviera a pensar más en tal venganza.

—Otra objeción, Kwan. ¿Por qué, entonces, Wise citó a Frank en un lugar que él sabía que estaba cerrado y donde no le hallaría? Todo parece preparado para tender una trampa a Frank, y privarle de coartada a la hora del crimen... que coincide, según Frank, con la hora de la cita en la industria clausurada.

—He pensado en ello. Frank y yo opinamos que pudo hablar, obligado por la fuerza, cautivo de alguien.

—Eso ya tiene más sentido, sí. Por tanto, la teoría de antes se fortalece: la conspiración es contra Wise, pero matando a Atkins también.

—Posiblemente un feo asunto de rivalidad comercial o de secretos industriales en danza —apuntó el joven chino.

—Investigaremos por ese lado. Yo he logrado para esta noche una cita con Irwin Skelton en persona, el magnate de las industrias frigoríficas y amante de la bella Sharon

Blake. Me recibirá en su mesa del Club California, al final de los embarcaderos de recreo del Club Náutico de Santa Marina.

—Te felicito. Es un pez gordo. Cuesta que hable con la gente. Pero ten cuidado, no te vaya a sacar los ojos, Sharon Blake... —rio Kwan, irónico.

—Muy gracioso —Lena se irguió, altiva—. Es un tipo gordo y grande. Pero aunque fuese Apolo en persona, no sería infiel a Frank por nada del mundo.

— ¿Amistad o amor?

—Tú sabes que ambas cosas. Sobre todo la segunda —suspiró ella, con repentina tristeza en sus oscuros y bellos ojos—. ¡Pobre Frank! Pensar que ahora está...

—No pienses en eso —la mano de Kwan se puso firme en su brazo —. Recuerda que hay tarea por hacer.

— ¿Qué harás tú, entretanto?

—Voy a seguir otro rastro. El asunto paralelo al nuestro.

— ¿La muerte por congelación?

—Sí. La radio acaba de dar un boletín, informando del hallazgo de un segundo cadáver congelado.

—Lo oí. Otro testigo del asunto contra Cole: un tal Neil Benson... técnico de Skelton.

—Exacto. Y técnico... en frío industrial —Kwan movió la cabeza—. Extraño caso, ¿no te parece?

—Muy extraño. ¿Qué tendrá que ver el frío que mata... con Frank Cole y todo lo demás?

—La respuesta, en el último capítulo —rio suavemente Kwan, aunque su rostro permanecía grave y taciturno—. Como en todas las novelas de intriga, Lena.

—Esto, por desgracia, no es una novela. Pero quizá ocurra igual. Ojalá lleguemos pronto a ese final...

Pagó Kwan la nota y se puso en pie. Lena caminó a su lado. Salieron del *snack.* La calle, larga y recta, como todas las de las ciudades californianas, aparecía desierta a aquellas horas. La humedad daba un tinte charolado al asfalto, y se reflejaba en él la luz

del alumbrado y de los establecimientos.

Cruzaron la calzada hacia el cercano aparcamiento, en una amplia zona sin edificar.

Aquél era un punto más oscuro. Lena miró en torno con cautela.

Se puso rígida. Silabeó entre dientes:

—Cuidado, Kwan. Vienen dos figuras por aquel callejón.

—Y otras dos por ese otro —señaló Kwan, al lado opuesto—. Además, me parece haber visto un reflejo metálico, de color azul. Raro, ¿no?

—Muy raro. Estate alerta.

—Ya lo estoy —sonrió Kwan, impasible—. Tal vez echemos de menos a Frank ahora.

—Eso, seguro —asintió Lena, observando también un fugaz fulgor metálico, de tonalidad azul, cuando un reverbero hirió a uno de los que venían por el callejón de su izquierda que, como el otro, iba a concluir exactamente en el solitario aparcamiento.

Momentos más tarde, las cuatro figuras desembocaban en la zona atestada de vehículos. Y revelaban sobre sus cuerpos una especie de mono metalizado, azul, rematado por unas caperuzas de igual aspecto. Los ojos eran como unos lentes de ciego, de oscuro azul intenso.

Apenas los vieron, el cuarteto les rodeó, cerrándoles toda posible salida de un angosto paso entre varios automóviles, Unas manos metalizadas, azules, se alzaron hacia ellos en posición de ataque.

Ambos conocían bien ese estilo de ponerse en guardia, para atacar de inmediato. Eran karatekas.

Karatekas azules. De manos envueltas en tejido metalizado. Sin puntos sensibles al desnudo. Las ropas parecían flexibles pero resistentes. Y eran cuatro contra dos.

La lucha se presentaba desigual. Pero ni Kwan Shang ni Lena se preocuparon demasiado por ello. Estaban habituados a cosas parecidas en su existencia de peligros y aventuras.

Los cuatro luchadores azules se lanzaron definitivamente al ataque, con un grito ronco y excitante, coreado por todos ellos.

* * *

Kwan y Lena se situaron virtualmente espalda contra espalda. Era un modo inteligente de protegerse de ataques traicioneros, aunque éstos podían llegar por encima de sus cabezas, si los adversarios saltaban sobre las capotas de los coches, como era de temer.

El joven chino dispuso sus manos en su guardia favorita del kung-fu, técnica de lucha oriental en la que era experto.

Ambas manos adoptaron la forma de *Hu-Chao,* o *Zarpa de Tigre.*

La posición de los dedos engarfiados, permite al luchador atacar o defenderse en dos formas: o bien golpear como el zarpazo de una fiera, o bien sujetar férreamente al adversario al menor descuido de éste, intentando luego una llave de kung-fu capaz de abatirle.

Lena, por su parte, aunque en la lucha cuerpo a cuerpo prefería las técnicas del Aikido, que fue su primera disciplina, ahora se había especializado también, dada su portentosa agilidad y su elasticidad de auténtico felino, en el *Tae-Kwon-Do* o *Karate Volador,* como es vulgarmente denominado.

El ataque combinado se produjo. Los adversarios saltaron sobre ellos, con el centelleo azulado que producirían unos guerreros medievales envueltos en armaduras bruñidas.

Pero estas armaduras eran flexibles, livianas, aunque terriblemente resistentes, según comprobó Kwan en el momento de conectar un formidable impacto tras cerrar velozmente su mano, hasta formar un *Chuan,* o *Puño de Carnero.* El golpe se estrelló sobre el plexo solar del enemigo, logrando hacerle retroceder. Pero habitualmente, ese golpe bastaba para derribar fulminado a cualquier enemigo.

Lena también encontró dificultades, pese a que en tan angosto espacio de terreno, había descrito su ágil figura de pantera negra un salto increíblemente bello y espectacular, el *Ap-Cha-Ki, o* patada frontal, saltando en el aire a gran altura, para estrellar el pie en el rostro o cuello del adversario.

El golpe no se perdió, y el hombre de la caperuza azul trastabilló, yéndose aturdido contra uno de los automóviles, donde se golpeó, sin más consecuencias.

— ¡Son duros de pelar, Lena! —avisó roncamente Kwan, enfrentándose a un furibundo ataque de otro karateka enmascarado, que logró alcanzarle con una de sus enguantadas manos metalizadas, y el joven chino notó una sacudida en su cráneo, de lo violento que fue el impacto de aquel guantelete sobre el mentón.

Tambaleante, preocupado por si se producía su derrota, precisamente esa noche, Kwan vio venir, entonces, desde el techo de uno de los automóviles, la figura de plateado azul de otro luchador. El individuo realizaba un salto en proyección hacia adelante, o *Yoko-Géri,* que, al alcanzarle, le hubiera aplastado contra el asfalto. Kwan tuvo el tiempo justo de apartarse, y el enemigo cayó de bruces contra el otro coche, marrando el impacto. Kwan, rápido, aprovechó el momento. Esta vez, acumuló toda su furia en aquel movimiento veloz y vertical de su mano zurda, en forma de *Tao-Shou* o *cuchillo,* y un grito ronco y vibrante escapó de su garganta, galvanizando a Lena y a sí mismo.

— *¡KIAI!*

El choque, como un hachazo, logró dañar al tipo, pese a su fuerte

protección. Se derrumbó como un fardo, a pies del chino. Este se volvió a pelear con otro adversario, cuando Lena, por su parte, poma a otro fuera de combate, con un devastador *Yop-ChaKi,* o golpe de talón sobre el rostro, justamente encima del bulto nasal del individuo enmascarado.

Fulminado, cayó esta vez a tierra, inmóvil. Los otros dos que aún quedaban en pie, vacilaron. Pero en ese momento crucial, por uno de los callejones se vio aparecer a un grupo de otros cuatro hombres enmascarados de azul.

Ya eran demasiados enemigos. Rápido, Kwan avisó a su compañera:

—Esto es una encerrona en toda regla. Quieren eliminarnos con nuestras propias armas. Y lo malo es que, siendo tantos y con esas defensas que llevan, pueden conseguirlo. Salta sobre los techos de los coches. Nos vamos de aquí. Ya tendremos ocasión de tomarnos la revancha en otro momento...

Lena no se hizo de rogar. Rápidamente, con agilidad característica, comenzó a salvar los obstáculos de los coches, brincando sobre ellos como un felino. Kwan, no menos ágil, la siguió, burlando a los agresores azules, que se les venían encima en nutrido grupo.

Alcanzaron así su propio coche, situado al final de la fila. Rápidamente, Kwan, que había extraído las llaves por el camino, abrió la portezuela en un instante. Penetraron ambos, y Kwan puso en marcha el coche, arrancando a toda velocidad, cuando dos de los encapuchados azules se precipitaban ya sobre la portezuela.

Kwan los arrolló sin contemplaciones, respirando aliviado cuando, a toda velocidad, se alejó calle arriba, dejando definitivamente atrás a la horda de enmascarados metálicos.

—Bueno, no me gusta escapar, pero esta vez no había otro remedio.

—Opino lo mismo. Era una temeridad arriesgarnos a ser abatidos y rematados por esos luchadores. Como tú dijiste, tiempo habrá de tomarse la revancha... —miró a Kwan, pensativa—. ¿Por qué nos habrán atacado?

—Ya saben lo que buscamos. Y, evidentemente, no les interesa que sigamos adelante.

—De modo que nos vigilan...

—Sí. Habrá que tenerlo en cuenta en lo sucesivo. ¿No sería mejor que te acompañase yo a ese club nocturno donde has de ver a Skelton?

—No. Siempre nos las hemos arreglado cada uno a su manera. Esta vez, aunque Frank no esté, no tiene por qué ser diferente, después de todo...

Kwan asintió. Sabía que Lena iba a responderle así.

Pero no podía dejar de sentirse inquieto por la suerte de su amiga y camarada.

El automóvil cruzó ya la silenciosa y casi desierta ciudad de Santa Marina, dejando trasde sí el nuevo interrogante que significaba aquel ataque de los fantasmales luchadores azulados.

Kwan Shang y Lena Tiger estaban seguros de que aquellos extraños agresores se relacionaban muy directamente con el caso de Frank Cole. Quizá, también, con el Frío Mortal.

No tardando mucho, iban a tener la comprobación a esto último.

* * *

Ciertamente, era un hombre alto y fuerte. Grueso y gigantesco, muy rubio y de piel muy blanca, posiblemente de origen nórdico, Irwin Skelton era un auténtico gigante con muchas libras de peso.

Estaba untado a una mesa del pequeño, elegante y selecto Club California, perteneciente al Club Náutico local. Skelton estaba saboreando una fuente de crustáceos acompañada de una botella de vino blanco, cuando Lena Tiger llegó ante su mesa, iluminada por una discreta lámpara de pantalla roja, haciendo juego con la decoración del local.

Skelton alzó la cabeza. La miró a ella, y luego echó una ojeada a su reloj de pulsera,

—Puntual —aprobó—. Soy yo quien me he retrasado en empezar a cenar. Siéntese, señorita Tiger. ¿Algo de marisco, quizá? ¿Vino, cerveza, algún licor...?

—Nada, gracias. No tengo apetito. Y no bebo alcohol.

—Es usted una especie de ángel —sonrió Skelton.

—Sí, un ángel negro —bromeó ella, irónica.

Skelton siguió comiendo su cangrejo cuidadosamente, partiendo sus largas y gruesas patas con suma atención, como si se tratara de un rito. Cada trozo de blanca carne de crustáceo, la regaba con un sorbo del vino dorado.

—Bien, señorita Tiger —suspiró el industrial—. Creo que deseaba hablar conmigo de algo importante...

—Así es —asintió ella, sin inmutarse bajo la mirada atenta de los pequeños y azules ojos de Skelton—. Muy importante.

—La escucho, mi querida amiga. Esto no acostumbro a hacerlo, salvo en reuniones de negocios muy importantes. De modo que aproveche la ocasión.

—Quizá sea de su negocio de lo que voy a hablarle. Del frío, señor Skelton.

— ¿El frío? —él alzó la rubia cabeza de cuello de toro y enarcó las doradas cejas—. En efecto, es mi industria. Pero usted no se dedica a eso...

—No. Soy budoka. Formo parte de Los Tres Dragones de Oro. Y soy amiga y colaboradora de Frank Cole.

—Entiendo. El hombre condenado por el asesinato de mi competidor, Gordon Atkins. ¿Es ésa la relación que tiene su asunto conmigo? Yo no sé nada sobre su amigo Cole. Ni siquiera asistí al juicio. Atkins era mi rival más encarnizado, pero lamenté y condené su muerte como si fuese la de un amigo. Creo que eso debería bastarle para comprender que no tengo nada que ver con sus problemas, señorita Tiger.

—Yo no me refería solamente a eso... sino a la Muerte Fría.

— ¿A... "qué"? —indagó Skelton, sorprendido.

—La muerte helada, o como quiera llamarle. Un empleado suyo ha muerto hoy mismo, como antes muriera Ian Kowalsky.

— ¿Se refiere... se refiere a esa extraña forma de morir que ha tenido Neil Benson?

—Exactamente. Ya van dos hombres muertos de igual modo. Y ninguno estaba en cámaras frigoríficas para morir así.

—No sé lo que pudo ocurrirles. Benson, mi empleado, era técnico en frío industrial. Tal vez experimentó algo... y se congeló él. No cabe otra explicación.

— ¿Y Kowalsky, el socio de Atkins?

—Bueno, quizá Benson también ensayó con él previamente, no sé... Eso es asunto de la policía. Quizá murieron en otro sitio, y trasladaron allí sus cadáveres, para desorientar. Caben muchas explicaciones, señorita Tiger. Pero insisto en que nada de eso es asunto mío.

—Neil Benson estaba en su casa al morir. El teléfono estaba descolgado. La muerte debió sorprenderle hablando con alguien. Es lo que ha dicho el boletín de noticias.

— ¿Y por qué me cuenta a mí todo eso?

—Porque usted es ahora el primer industrial del frío en Santa Marina y casi en California. Han muerto un técnico suyo y sus dos competidores, víctimas de ese frío mortal, y víctima uno de un falso Frank Cole que le mató en público. Toda la clave del asunto está en el frío, señor Skelton.

—Aunque fuese así... ¿qué puedo saber yo de todo ello?

—No lo sé. Por eso quería verle. ¿Conoce usted a un hombre llamado Morgan Wise?

— ¿Wise? Por supuesto —asintió Skelton, volviendo a escudriñarla, tras dejar un trozo de cangrejo en el plato, para limpiarse los dedos en la servilleta—. Es un pequeño industrial de congelación. Nadie importante, pero bastante conocido. Creo que le busca la policía, por estar mezclado en la muerte de Atkins.

— ¿No tenía relaciones comerciales con usted?

— ¿Conmigo? No. Mi empresa es muy fuerte. No necesitaba para nada a Wise.

— ¿Y él a usted? —sugirió Lena,

—Esa es una pregunta inteligente —rio el poderoso hombre rubio de buena gana—. Supongo que sí. Para él hubiera sido bueno asociarse de algún modo con mí empresa. Pero no era ése el caso. Muchos industriales del gremio se relacionan con nosotros comercialmente, pero no Wise.

— ¿Qué opinión tiene de él?

—Ninguna en concreto. Siempre pensé que era un buen hombre. Me sorprendió que enviara a un asesino...

Perdón, a una persona, para matar a Atkins por viejas rivalidades.

—No tiene que disculparse, señor Skelton. Estoy segura de que Frank Cole no mató a Atkins. Todo fue una farsa montada para acusarle. Un “doble”, alguien lo bastante parecido, con un poco de retoque, pudo hacer el papel. Todo sucedió tan rápido, que cabe en lo posible.

—Tendrán que encontrar a ese supuesto "doble” para convencer a un juez —sonrió Skelton—. Una amiga mía fue testigo casual del suceso, y afirmó que era el hombre acusado.

— ¿Sharon Blake? Lo sé. Hablé ya con ella.

—Vaya... Usted logra hablar con todo el mundo, señorita Tiger... —la estudió con interés, como si acabara de descubrir que, además de inteligente, era una mulata muy atractiva—. ¿De veras no desea comer algo, tomar una copa...?

—No, gracias —Lena se puso en pie—. Gracias por todo. Veo que no puede contarme mucho, pero se lo agradezco igualmente. Ha sido usted muy amable.

— ¿Ya se va? Al menos tome un zumo de frutas y siga sentada conmigo un rato.

—No, gracias. No quiero que Sharon Blake me saque los ojos —rio ella, recordando lo que le dijera, irónicamente, Kwan—. Buenas noches, señor Skelton. Y buen provecho.

—Buenas noches, señorita Tiger —se despidió él—. Ah, otra cosa, señorita Tiger. Tal vez le interese saber que el día en que íbamos a reunimos los más importantes industriales del frío, era precisamente para estudiar un nuevo hallazgo en ese terreno.

— ¿Un hallazgo? —Lena se paró en seco, girando la cabeza—. ¿Qué clase de hallazgo?

—No lo sé. El creador del mismo no llegó a presentarse. Yo, al menos, no le vi. La convención quedó arruinada con la muerte de Atkins. Es un científico cuyo nombre no puedo, decirle, porque él nos rogó la máxima discreción. Según él, se trataba de algo revolucionario en nuestra industria.

—Algo revolucionario... podría ser una nueva forma de producir frío —comentó Lena, en tensión.

—Sí —Skelton arqueó las cejas en su gesto favorito, y asintió—. Podría ser.

—Ha sido doblemente amable, señor Skelton. Gracias una vez más. Ese detalle puede ser sumamente valioso...

Y la bella mulata, cimbreando su atractiva figura a través del elegante club, abandonó el mismo graciosamente. Los azules ojos de Skelton, fijos en todo momento en las vibrantes y llamativas nalgas de la muchacha de color, se había quedado muy pensativo.

Como si algo le empezara a preocupar realmente.

CAPÍTULO V

EL MISTERIO DE LA MUERTE GÉLIDA

El *sheriff* Riordan se frotó el mentón antes de responder. Luego, cuando lo hizo, su rostro redondo y mofletudo tenía una expresión de recelo.

—Sí —asintió—. Yo hablé con un hombre de Los Ángeles. Por eso encontramos el cadáver congelado de Neil Benson, ¿Por qué le interesa el asunto?

Kwan Shang recogió la tarjeta del teniente Dobkin, de la División de Homicidios de San Francisco, que le había servido como presentación ante el hombre de la ley, e hizo un gesto ambiguo.

—Estoy investigando el asunto. Puede ser de trascendental importancia. Tal vez mucho más de lo que parece.

—Lo que sí parece es muy raro. Nadie puede morir congelado de ese modo en su propia casa. Es lo que yo digo, señor... er... Shang. Pero lo que ha sucedido en Los Ángeles es todavía peor.

— ¿En Los Ángeles? —se interesó rápidamente Kwan—. ¿Qué ha sucedido?

—Bueno, después de todo, mañana llevarán la noticia todos los diarios de esa ciudad. De modo que no le cuento nada secreto ni prohibido —el *sheriff* se acomodó mejor en su asiento, resopló, y luego expuso brevemente—: Ha ocurrido en el garaje subterráneo de unos grandes laboratorios de experimentación industrial. Otro hombre fue hallado muerto por congelación dentro de su automóvil. ¡Y hasta la gasolina y el aceite estaban hechos un bloque de hielo!

— ¿De veras? —los ojos de Kwan brillaron—. Debe ser un frío muy grande para conseguir eso.

— ¿Grande? Un testigo presencial que llegó poco después asegura que hasta el aire mismo se había congelado, cayendo escarcha por doquier. Era algo increíble, según sus palabras.

— ¿Se sabe quién era el hombre muerto?

—Sí. Un tal Rush Broderick, químico especializado. Había hablado yo con él por teléfono poco antes.

— ¿Usted? ¿Por qué?

—Fue él quien estaba hablando con Neil Benson... cuando a éste le mató el frío.

—Cielos... —Kwan Shang iba de sorpresa en sorpresa.

—Hay algo más.

— ¿Todavía más? —se maravilló el oriental.

—Sí, todavía más. Lo más extraño de todo, según la policía de Los Ángeles. Lo están investigando ahora, pero de eso no han revelado nada aún, salvo el hecho de que había un segundo cadáver congelado en el garaje.

— ¿Otro más?

—Eso es. Pero un cadáver peculiar. Este iba vestido de un modo raro, como si fuese un extraterrestre. Una malla metalizada, una caperuza, unos vidrios ante las aberturas de los ojos... Todo ello azul, muy azul.

—“Azul”... —Kwan se estremeció. La visión de la lucha en el aparcamiento acudió a su mente—. *Sheriff,* las cosas se complican por momentos, pero tal vez lleguen a aclararse pronto...

— ¿Usted cree? —dudó Mike Riordan, contemplándole perplejo—. Yo estoy cada vez más desorientado, la verdad.

—Es que yo sé algunas otras cosas que encajan con las que usted me ha contado. ¿Sabe que esta noche, aquí mismo, un grupo de encapuchados azules, ataviados como usted dice, me atacaron con la intención de matarme a golpes de karate?

— ¿Es posible? —boqueó el *sheriff*—. ¿Cómo no vino a denunciarlo?

—No valía la pena. Para mí, entonces, ese detalle de los uniformes azules no tenía mayor importancia.

— ¿Y ahora...?

—Ahora, sí. Resulta que hay gente así en Santa Marina, en Los Ángeles... ¿Quiénes son y qué pretenden?

—No puedo decírselo, pero el informe policial de Los Ángeles explica que el tal Broderick murió con un revólver en la mano. Y llegó a disparar una bala, antes de que el frío le congelase, agujereando el atavío metalizado del individuo. Sin embargo, la bala no le hirió. Perdió su fuerza al chocar con ese tejido. Fue el frío el que terminó con él.

—El frío... a través del orificio de la bala —reflexionó Kwan, incorporándose—. ¿Ha pensado, *sheriff,* en la posibilidad de que esos encapuchados sean los que llevan consigo el Frío Mortal? Y al agujerearse el tejido hermético de uno de ellos, permitió que el frío asesino penetrase, matándole también a él...

—Los testigos se cruzaron con una furgoneta plateada que huía rápidamente. Tal vez otros individuos iban dentro.

—Sin duda. Y con el ingenio o mecanismo que provoca esa muerte fantástica... —Kwan Shang estaba empezando a encajar piezas en el *puzzle* endiablado que tenía entre manos—. Gracias por sus informes, *sheriff.* Me ha prestado usted una gran ayuda... Por cierto, ¿sabe el nombre de esos laboratorios donde trabajaba Broderick?

—Sí. Los Laboratorios de Experiencias Industriales Fenwick, cuyo director es un tal profesor Hugh Fenwick, un notable químico...

—Gracias una vez más. Buenas noches, *sheriff.* Tal vez se haga usted famoso si logramos descubrir el misterio del Frío Mortal... y con ello sacaremos de prisión a Frank Cole, demostrando su inocencia.

El *sheriff* Riordan se quedó sorprendido, mirando al joven chino que se ausentaba.

— ¿Yo, famoso? —refunfuñó—. ¿Descubrir nosotros aquí, en Santa Marina, un asunto tan raro? Ese chino debe estar rematadamente loco...

* * *

El teniente Dobkin tenía una voz inconfundible, incluso a aquella distancia. Tras escuchar el relato de Kwan, su pregunta fue lógica:

— ¿Y qué diablos puedo hacer yo desde aquí? Que yo sepa, en mi ciudad no se ha muerto nadie congelado desde que San Francisco fue fundada.

—Santa Marina es mucho más cálida que San Francisco y, sin embargo, hay ya dos muertos aquí por congelación.

—No me hagas caso, Kwan. Bromeaba.

—Pues el asunto no está para bromas.

—Lo imagino. He leído todo sobre el juicio de Frank Cole, Escribí una carta al juez Morrison, de esa ciudad, pero no creo que haya

servido de nada.

—Ni una carta del presidente hubiera servido. Las pruebas eran abrumadoras.

—Sí, lo sé. ¿Y qué queréis que haga?

—Olvídate de Cole y concéntrate en otro asunto: la muerte helada.

—Pero si no sé nada de todo eso...

—Lena y yo vamos a ir a Los Ángeles, donde ha habido otras dos muertes por congelación, y uno de los muertos debe ser un miembro del grupo de asesinos que manipula ese frío de muerte.

— ¿Crees que es una nueva arma?

—Algo parecido. Puede ser un ingenio industrial, usado para matar.

—Algo así como cuando Nobel inventó la dinamita, ¿no?

—Sí, algo así. Pero mil veces peor que la dinamita. Tengo una pista o creo tenerla, pero necesito ayuda.

—Adelante —le alentó el policía de color, viejo amigo de los tres budokas que formaban el grupo de los Dragones de Oro.

—Se trata de un medio que nos permita a Lena y a mí poder conocer los datos que posee la policía de Los Ángeles, colaborar con ellos, y que ellos colaboren con nosotros.

—Entiendo. Necesitáis una recomendación eficaz para la policía de Los Ángeles, ¿no es eso?

—Exacto, Dobkin. ¿Puedes hacerlo?

—Seguro que sí. Telefonearé al capitán Sanders, de la División de Homicidios de Los Ángeles. Seguro que él os podrá ayudar mucho. Presentaos a él. Ya le habré hablado ampliamente del asunto. No me fallará. Es un viejo amigo, y me debe algunos favores...

—Adelante con ello, teniente. Y gracias.

Kwan colgó. Se volvió a Lena.

—Todo arreglado con Los Ángeles. Preparemos el viaje.

—Sí, Kwan —suspiró ella—, ¿Qué es lo que vamos a buscar, exactamente?

—Eso... ni yo mismo lo sé —sonrió Kwan Shang tomándola de un brazo.

* * *

El automóvil negro de la policía esperaba a la puerta de la prisión territorial de Santa Marina. Otro coche iba detrás, igualmente oscuro, pero con el distintivo de la Policía de Los Ángeles.

Frank Cole, con sus manos esposadas, caminó hacia la salida; en medio de dos comisarios armados de rifle. Le esperaban dos hombres de paisano en el primer coche, y cuatro policías de uniforme en el coche de escolta. El traslado del preso a la Penitenciaría del Estado,

se iba a hacer con todas las garantías de seguridad posibles, como era habitual en tales casos.

El *sheriff* Riordan estaba presente. Al pasar Cole junto a él, le miró con cierto interés y murmuró rápidamente:

—Un amigo suyo anda investigando. Es un chino que tiene muchas esperanzas, Cole. Se lo digo por si eso le sirve de aliento...

—Gracias —Frank se volvió, mirando con ojos pensativos al *sheriff* —. Me da muchos alientos, sí. Ya sabía que ellos no me abandonarían...

Se metió en el coche dispuesto para el traslado. Ocupó un asiento atrás, con un agente a cada lado. Delante, iba otro junto al conductor. En cuanto empezaron a rodar, el otro automóvil les siguió muy de cerca. La prisión del condado quedó atrás. Frank permanecía inmóvil e inmutable en su asiento. Los acompañantes sabían que era un experto y poderoso budoka. Aun esposado, podía resultar peligroso. Por eso se mantenían en guardia, la mirada fija en él, y la mano bajo sus chaquetas, en la culata del revólver reglamentario.

—No se preocupen —sonrió pálidamente Frank—. No pienso intentar la fuga.

Los policías se miraron entre sí, sin decir nada. Pero no soltaron sus armas ni desviaron la atención del preso. Cruzaron Santa Marina, en medio de grupos de personas violentas, que exhibían pancartas pidiendo justicia rápida con los asesinos. Pero nadie intentó otra cosa que ponerse al paso de la comitiva, sin más complicaciones para los agentes del orden.

Pronto dejaron atrás la pequeña ciudad costera. Cole miró los edificios a su paso, el litoral, las factorías conserveras y las industrias frigoríficas. Se dijo que en mala hora había ido allí en ayuda de un viejo amigo. Todo se había derrumbado sobre él, como una pesadilla.

—Ya estaba deseando dejar la ciudad —comentó uno de los agentes—. Siempre hay el riesgo de un intento de linchamiento, de algún motín inoportuno...

—Sí, es preferible la carretera —asintió el segundo guardián—. Pero aún hemos de cruzar entre esas factorías, para salir a la carretera libre. En un momento estaremos camino de Los Ángeles.

Frank no hablaba, no comentaba nada. Estaba recordando lo que le dijera el *sheriff* de Santa Marina. Kwan Shang no cejaba. Era obstinado, duro y resuelto. Se sentía más tranquilo, sabiendo que él continuaba la tarea, incansable. También imaginó que Lena no estaría menos activa. Los dos luchando por salvarle. Luchando desesperadamente, contra tantos y tantos obstáculos...

—No debe temer por una posible ejecución, Cole —le dijo uno de sus guardianes—. No es fácil que se implante de nuevo la pena capital en California. Habría mucho escándalo, muchos problemas

políticos.

—No pensaba en mi vida ahora —sonrió Frank, hermético—, pensaba en la de los demás, que se pone al servicio de la amistad, de la camaradería y de la lealtad más hermosas. Pero si la muerte llegase, tampoco me asustaría demasiado.

Los policías no supieron qué responderle. Le miraron, encogiéndose de hombros. El coche policial penetró a través de una serie de vallas, cercas y alambradas, en una zona industrial, dedicada a factorías conserveras de pescado. Los vehículos redujeron la marcha, especialmente al pasar por un angosto sendero entre dos altas cercas de ladrillo.

Súbitamente, apenas hubo cruzado el coche donde viajaba Frank con sus vigilantes, un gran camión surgió de una puerta lateral, y se quedó bloqueando la rata. El coche de escolta se quedó atrás, tocando el claxon con rabiosa insistencia, mientras el pesado camión intentaba evolucionar con desesperante lentitud.

— ¡A ver, para el coche! —ordenó uno de los policías, al conductor —. Ese estúpido ha sacado el camión en el momento menos oportuno y...

Esta vez, un segundo vehículo, una furgoneta comercial, emergió ante ellos, por la puerta de otra factoría, bloqueando también el paso. Frank Cole empezó a pensar mal. Y los policías también.

— ¡Cuidado! —avisó uno de ellos, extrayendo rápidamente el arma —. ¡Me huele a emboscada!

—A mí también —corroboró su compañero, alarmado, empuñando también el revólver de reglamento.

Los cuatro agentes se dispusieron a actuar, mientras Cole contemplaba pasivamente la escena. En ningún momento intentó evadirse. La puerta de la furgoneta se abrió a medias. Asomó un tubo metálico, y los policías dispararon sobre él con rapidez.

Pero el tubo hizo un solo disparo. Brotó un proyectil esférico, que perforó los vidrios del parabrisas con potencia, y estalló dentro del automóvil.

Un gas grisáceo se dispersó rápidamente, invadiendo el automóvil. Tosieron desesperadamente los policías. Frank Cole trató de contener la respiración, pero aun así notó la picazón del gas, entrando en sus fosas nasales, y también tosió.

Fue todo lo que pudo hacer. Tanto él como los cuatro policías, quedaron inmediatamente' inmovilizados y cayeron pesadamente hacia delante.

El gas narcótico había obrado en cuestión de segundos. Todos estaban profundamente dormidos.

De la furgoneta brotaron ahora tres hombres. Todos ellos vestían indumentarias de material metalizado, color azul, con capuchas de

extraños lentes azul oscuros.

— ¡Sacadle! —ordenó una voz abrupta, bajo la capucha plateada y azul—. Y llevadlo dentro de la furgoneta, pronto. Ya sabéis lo que hay que hacer con él.

Asintieron los otros dos, corriendo al coche policial y abriendo las portezuelas posteriores. Tiraron a los agentes al suelo, sin miramientos, sacando a Frank Cole, a quien condujeron a la furgoneta. Dentro de ésta esperaban otros dos individuos de extraña indumentaria, que procedieron con rapidez a vestir a Cole con las ropas azules. Uno de los encapuchados llegó con la llave de las esposas, tras obtenerlas de uno de los policías, y le quitaron las anillas, para vestirle con más rapidez.

Apenas estuvo el inconsciente Cole con sus guantes, botas y caperuza plateados y azules, además del mono o malla de igual color, el que antes diera la orden, dispuso de nuevo:

— ¡Terminad con ellos! Y vámonos de aquí enseguida...

Tras el camión, que seguía cruzado en el camino, bloqueándolo totalmente, seguían sonando los golpes de claxon, así como disparos dirigidos al camión, pero de éste había desaparecido ya su conductor, uniéndose a los encapuchados azules, cuyo mismo uniforme vestía. Se limitó a ajustarse la capucha, cuando ya sus compinches extraían de la furgoneta una especie de depósito como los que llevan los astronautas a la espalda. Del mismo partía un tubo parecido a la de los lanzallamas. Lo asestaron sobre el coche policial. Una llamarada azul, deslumbradora, brotó del tubo, barriendo todo el coche y envolviéndole en una ígnea masa centelleante, de un azul violento y cegador, que pareció convertirse en hielo puro, incluso pulverizando la atmósfera de cristales helados, en densos copos.

Los cuatro policías se convirtieron en estatuas de hielo dentro del vehículo inmovilizado. El frío, como un terrible halo, envolvió también al camión abandonado, y llegó hasta el otro coche, aunque reducido en su potencia. Con alaridos de terror, sintiendo castañetear sus dientes y azularse su piel, los agentes pusieron muy a tiempo en marcha el automóvil, antes de que el aceite se congelase. Retrocedió con rapidez, mientras la luz se extinguía sobre los cadáveres de sus compañeros, a quienes no podían ver, para dejar solamente la terrible presencia física de aquellos cuerpos cristalizados, hechos hielo puro con figura de humanos...

La furgoneta, con los asesinos de las capuchas azules dentro, llevándose a Frank Cole protegido del frío mortal por la misma indumentaria que ellos, se alejó rápidamente, demostrando que su combustible debía de ser especial y resistía sin problemas aquella ola de frío aniquilador.

CAPÍTULO VI
SECRETO QUÍMICO

—Es un placer conocerles, señor Shang. El teniente Dobkin me ha hablado mucho y bien de ustedes. Les ayudaré en cuanto precisen.

Diciendo estas palabras, el capitán Sanders, de la policía de Los Ángeles, estrechó cordialmente la mano de Kwan y sonrió cortésmente a Lena Tiger.

—Gracias, capitán. Sé que podemos contar con usted. El teniente nos dijo que podíamos venir tranquilos.

—En efecto —les señaló unos asientos en su oficina de la División de Homicidios, en el edificio de la policía da la ciudad de Los Ángeles —. Siéntense, amigos. Y díganme qué quieren exactamente.

—Se trata de ese extraño asunto, el Frío de la Muerte...

—El frío... —murmuró Clint Sanders, frotándose su enérgico mentón, con una expresión calculadora en su rostro de fuertes facciones y boca apretada—, Entiendo. Es un caso endemoniado. ¿Qué saben de él?

—Poca cosa. Pero imaginamos muchas más —sonrió Kwan Shang —. Se relaciona, según creemos, con otro asunto acaecido en Santa Marina hace poco tiempo: el asesinato de Gordon Atkins.

—Lo sé. El teniente Dobkin me contó todo eso... así como su relación con Frank Cole, el condenado por asesinato. Lamento lo ocurrido, pero... ¿creen poder probar su inocencia?

—Si encontramos la solución a todo eso, sí. O, cuando menos, al hombre que le suplantó. Tiene que ser un, budoka... y parecerse a él, aunque haya habido retoques para acentuar la semejanza,

—Está bien. ¿Qué quieren saber sobre esos hombres muertos por congelación? El lugar tenía una temperatura ambiente de unos veinte grados. ¡Y ellos murieron sufriendo al menos una temperatura de más de cien grados bajo cero sobre sus cuerpos! Según el forense, sería posible, incluso, que la temperatura fuese infinitamente mayor.

—Existe un límite hasta para el frío —le recordó Kwan Shang—. El Cero Absoluto, capitán.

—Cierto —afirmó el policía—. Cero Absoluto... Pero no se puede conseguir por medios normales. Y, menos aún, utilizarlo como arma letal.

—Sólo he dicho que hay un límite para el frío. ¿Era igual el grado de congelación en ambos cadáveres?

—Sí, igual. Pero lo curioso es que el tejido que vestía el encapuchado muerto es térmico.

— ¿Térmico? ¿Quiere decir que resiste cualquier temperatura ambiente?

—Cualquiera, sí. No saben qué clase de tejido es, pero posee unas

propiedades especiales, a causa de su mezcla de fibras sintéticas y metálicas. Debió bastar el orificio de una bala, para que el frío penetrase por ese pequeño punto, congelando en el acto al individuo.

—La oleada de frío generada debió de ser espantosa en ese caso.

—Lo fue. Incluso heló combustibles calentados por el funcionamiento del motor. Algo fantástico, señor Shang.

—Me doy cuenta de ello, sí —admitió Kwan, pensativo—, ¿Sabe si esa clase de tejido hermético al frío o al calor se experimentaba en los laboratorios donde sucedió todo?

— ¿En los Laboratorios Fenwick? —el capitán Sanders meneó negativamente la cabeza—. No, no lo creo, la verdad— Nadie me ha dicho que experimenten allí con indumentarias así. Aunque sería posible, puesto que experimentan fundamentalmente con cuestiones de frío industrial.

—Frío industrial... —repitió Lena—, ¿Es la especialidad del profesor Hugh Fenwick?

— ¿Cómo lo sabe? —se sorprendió el policía—. Sí, justamente. Es su mejor especialidad. Ha tenido éxitos notables en ese terreno.

— ¿Dónde está el profesor Fenwick ahora?

—Nadie lo sabe —suspiró Sanders.

— ¿Quiere decir que... ha desaparecido?

—Algo así. Estuvo ausente unos días. Se sabe que acudió a Santa Marina para exponer unos proyectos a los industriales de empresas frigoríficas. Con la muerte de Atkins, esa reunión fracasó, y el profesor volvió irritado. Después se ausentó de los laboratorios nuevamente y ahora sin haber regresado todavía.

—Creo que todo va encajando. El profesor ha descubierto algo fundamental que puede revolucionar la industria del frío. Su ayudante sabía algo, aunque no todo quizá, y por eso tuvo miedo cuando supo que un hombre había muerto congelado y el teléfono de Benson se había interrumpido de pronto en la comunicación. Luego, a él le mataron antes de que pudiera ir a Santa Marina a reunirse con el *sheriff* de allí y hablar del asunto.

—Eso tiene sentido, sí.

—Pero uno de los asesinos, al recibir el balazo en sus ropas, sufrió la misma muerte. Sus compañeros tuvieron que huir y le dejaron atrás. Supongo que le habrán podido identificar...

—Sí. Un tal Harvey Aldriss, con numerosos antecedentes. Ha sido guardaespaldas y pistolero. Dominaba lo mismo un revólver que la lucha.

—Sí, seguramente todos serán de aproximada calaña. Lena y yo conocimos a un grupo de ellos en Santa

Marina y eran todos buenos karatekas. Igual que el asesino de Atkins.

— ¿Quién cree usted que los capitanea?

— ¿A los asesinos del frío mortal? No puedo saberlo. Pero sin duda una organización criminal ha resuelto apoderarse del arma, para provocar el terror o para venderla fácilmente a un rico postor interesado en ella, desde un industrial poderoso a un agente extranjero, pongamos por caso.

— ¿Y el profesor Fenwick, su inventor?

—Secuestrado... o muerto. Depende de que tengan la fórmula o no. Y de que sepan elaborarle.

—Pero elaborar... ¿el qué?

— ¡Ah, ése es el misterio! Algo que produce frío. Algo que mata, congelando a los seres vivos e incluso al aire mismo. El secreto químico que el profesor Fenwick quiso ofrecer a los industriales de Santa Marina. Antes de que ello sucediera, una mano oculta lo arregló todo para cambiar las cosas a su antojo. Y lleva camino de salirse con la suya.

—Hay otro desaparecido en Santa Marina relacionado con el invento, ¿no?

—Sí. Morgan Wise, un viejo amigo de Frank Cole. Y, al parecer, el que le metió en el embrollo. Según todas las apariencias, el sospechoso ideal para suponerlo como cerebro rector de esa banda de forajidos que usan el frío como arma mortal.

—Me ha convencido usted, señor Shang. Colaboraremos estrechamente unidos los tres, esté seguro. Yo...—*s*onó el teléfono de su despacho. Lo descolgó, pidiendo disculpas a sus visitantes, y atendió la llamada—. Sí, Sanders... ¿Qué...? ¿Seguro? Cielos...

Dirigió una mirada a Kwan y a Lena, con rostro demudado. Los dos Dragones de Oro se miraron a su vez, mutuamente, con una incómoda sensación de inquietud. La impresión de que algo malo ocurría no se apartaba ya de ellos.

—Sí, sí, entiendo —decía Sanders, aún impresionado—, perfectamente. Daré la orden a todas las patrullas, por supuesto. Pero ni siquiera podemos saber si vendrán hacia Los Ángeles... Sí, está bien. Iré enseguida...

Colgó. Su rostro ensombrecido no presagiaba nada bueno. Clavó sus ojos en el joven oriental y su compañera de color.

—Bueno, ¿qué ocurre ahora, capitán? —se interesó Lena—. Malo, sin duda...

— ¿Malo? Peor aún —gruñó el oficial de policía, con voz crispada —. Era una llamada de Santa Marina. Cuatro policías de Los Ángeles han muerto. Asesinados.

—Dios mío...

—Otros cuatro agentes de uniforme sufren congelaciones graves, pese a que estaban separados del automóvil donde sus compañeros murieron por congelación, y había un gran camión por medio.

— ¿Cómo ha podido ocurrir eso?

—No lo sé. Pero ha ocurrido. En el coche solamente los policías murieron helados, señor Shang. El quinto viajero falta de allí. Escapó. Se han hallado sus esposas en el suelo de la carretera.

—Y... ¿quién era? —musitó Lena, temiendo oír una respuesta que

no iba a gustarle,

—Creo que ya lo imaginan ambos —dijo el capitán Sanders, poniéndose bruscamente en pie, con aire repentinamente hostil—. Se trataba de Frank Cole, su amigo. Ha escapado. Dejando muertos, por congelación, a los hombres que le conducían a la penitenciaría del Estado. Hay orden de caza contra él. Vivo o muerto... Lo siento. Y ahora, discúlpenme. Tengo trabajo urgente que hacer.

* * *

—Creo que hemos perdido bastantes bazas cuando teníamos tanto a ganar.

—Sí, lo sé. Bastó ver la cara del capitán Sanders. ¿Cómo te sentirías si cuatro camaradas tuyos mueren de esa forma?

—Es un crimen execrable. Otro que arrojan sobre Frank. ¿Quién puede creer ahora en su inocencia si en el coche donde él era conducido mueren todos congelados y él escapa sano y salvo? Es obvio lo que dirán todos: está asociado a una banda criminal y ellos le han liberado, sacrificando a cuatro honrados policías.

—No les faltará razón, Lena. Sólo que ambos sabemos que Frank es también inocente de esta nueva infamia.

Pero sólo nosotros. Nadie ahora creerá en él. Ha sido una jugada tan despiadada como astuta,

—Si pudiéramos dar con él significaría también dar con esa gente... Seguro que ellos lo tienen ahora consigo.

— ¿Y si lo han matado? —temió ella.

—No lo creo. Mientras les sea útil, lo conservarán vivo para manipularlo a su antojo. Por desgracia, esta vez no creo que lleve ningún detector especial para captar su situación. En una prisión no pasan esa clase de cosas. Ni existía plan preconcebido alguno entre nosotros, cuando él se ausentó sin comunicárnoslo siquiera, para visitar a Wise en Santa Marina, pensando que sería cosa de un par de días, y no de gran trascendencia.

—De modo que no sabemos qué hacer.

—Cuando todo parecía allanarse, surge algo que lo complica todo. Es exasperante.

—Creo que nos tenemos que enfrentar a una mente muy astuta, que prevé nuestros golpes y los replica previamente.

—Sí, algo así como un campeón de ajedrez frente a un novato, ¿no? —se quejó Lena—.

Pues no me gusta ese papel.

—A mí tampoco. Dime qué podemos hacer... y lo haremos.

La joven mulata reflexionó, con la mirada perdida en el vacío. Tras

un prolongado silencio, aventuró un comentario:

—Yo, de todos modos, iría a esos laboratorios, los del profesor Fenwick. A fin de cuentas, ahí debió de empezar todo, ¿no?

—Sí. Tal vez sea una buena idea —aceptó Kwan Shang.

* * *

—Si. Yo conocía a Rush Broderick muy bien. Y al profesor Fenwick también le conozco, aunque menos. El profesor es hombre muy raro. Sólo se rodea de sus íntimos. Como es el caso de Broderick. Siempre le ayudaba él en las cuestiones delicadas.

Se llamaba Jebb Parrish y era jefe del Departamento de Análisis de los Laboratorios Fenwick, en Los Ángeles. Un hombre joven, cordial y de aspecto saludable y deportivo. No parecía ser suspicaz ante las preguntas que le formulaba Lena.

—En ese caso, si el profesor hallaba algo realmente importante en su trabajo, usted no llegaba a enterarse de ello...

—Rara vez. En cierta ocasión, sí me enteré del nuevo anticongelante que había creado el profesor, pero no fue una patente muy valiosa, porque casi coincidió con otro producto similar de una firma competidora. Últimamente, el profesor estaba dedicado a investigar algo realmente grande.

— ¿Cómo lo sabe?

—Se notaba en su estado de excitación, en su aislamiento en el gabinete de experimentación, en su modo de hacer apuntes...

—Apuntes... Supongo que todo eso lo guardará él mismo...

— ¡Oh, por supuesto! Es lo bastante desconfiado para no dejar nada al alcance de los demás. Siempre piensa que le espían.

— ¿Es normal que esté tanto tiempo ausente?

Se ha ausentado siempre con frecuencia, pero no recuerdo que estuviera nunca sin aparecer por aquí más de dos o tres días. A él le fascina su trabajo. Creo que le embriaga la química, sinceramente.

— ¿Y su ayudante?

—Rush Broderick... Pobre muchacho. Era un gran chico. ¡Y ocurrirle algo tan horrible...! Sí, él tenía bastante confianza con el profesor. Pero no toda. Sin embargo, colaboraba con él últimamente en ese experimento secreto, con bastante asiduidad. Tal vez el profesor no podía hacerlo solo y necesitaba colaboración.

—De modo que aquí nadie sabrá nada de su tarea. Ni habrá dejado muestras, apuntes o ninguna cosa parecida...

—No, desde luego que no —rio el joven químico—. En su casa, todavía. Pero aquí... ni pensarlo.

—Sí, entiendo —miró fijamente a Parrish—. Como químico, ¿usted qué opina sobre la muerte de Broderick? ¿Cómo pudo producirse?

—No tiene sentido... a menos que alguien haya creado lo contrario a una bomba térmica. Me refiero a un arma que pueda helar a los seres humanos. Me dijeron que dejó los cuerpos quebradizos como el cristal. Eran puro hielo cuando los llevaron a la Morgue. Algo insólito.

— ¿A qué temperatura se ha de someter, en unos instantes, un cuerpo humano para producirse un fenómeno semejante?

—A muy baja temperatura, desde luego. Digamos... cerca, muy cerca, del Cero Absoluto.

—Pero el Cero Absoluto no puede conseguirse por medios químicos convencionales.

—No, claro que no —Parrish se encogió de hombros—. Era sólo una comparación. El Cero Absoluto son, exactamente, 273 grados centígrados negativos, que es la máxima posibilidad física de enfriamiento. No se puede pasar de ahí, que yo sepa.

—Doscientos setenta *y* tres grados bajo cero... — se estremeció Lena—. ¿Cómo se podría producir ese frío por medios habituales y utilizarlo luego como arma?

—No lo sé. A esa temperatura, todos los gases se solidifican. Y si los gases están sólidos, no pueden lanzarse sobre unos seres humanos en forma de arma, ya que su manipulación sería imposible. Por tanto...

— ¿Qué?

—Nada —Parrish sacudió la cabeza— Es un imposible. Un disparate.

—Dígalo, no se preocupe —sonrió Lena—. Ya he visto demasiados disparates para asustarme por uno más o menos. ¿Qué iba a decirme?

—Es una simple teoría. Al menos, hasta hoy, es solamente una posibilidad hipotética que nadie ha llegado a realizar.

— ¿Y es...?

—“Helio”.

— ¿Helio? —parpadeó Lena—. No entiendo...

—Se —lo diré en pocas palabras. Antes le dije que a 273 grados centígrados bajo cero, “todos” los gases se solidifican, y no pueden ser manipulados. Me equivoqué. Hay un gas que "no” se solidifica a la mínima temperatura físicamente posible. Sólo uno: el helio.

— ¿Y...?

—Imagine... Imagine por un momento que la hipótesis es factible... Pero sólo es hipótesis. Y muy fantástica. Lo único real es que el helio es un gas noble, que “no” se hace sólido al llegar al Cero Absoluto, sino que “se licúa”. Esto es, se convierte en líquido solamente.

— ¿Por qué solamente el helio?

—Muy sencillo: el helio es un gas sin afinidades químicas ni problemas electrónicos, ya que su órbita periférica está completa, con

dos electrones, capaz solamente de licuarse y comportarse entonces extrañamente, en desacuerdo con cualquier previsión de tipo físico.

—Pero ¿cómo se podría utilizar, una vez licuado... como un arma?

—Eso no lo sé. Pero para mantenerse en ese estado líquido el helio necesitaría que la temperatura ambiente fuese constantemente de cero absoluto, o muy cerca. Teniendo en cuenta que en ese punto las moléculas están inmóviles, "pero no los átomos”, sería preciso crear ese frío absoluto por medio de poderosos imanes que frenasen u orientasen a los átomos en movimiento. De ese modo, quien pudiese llegar a controlar ese producto, que llamaríamos Aire Líquido, y utilizarlo como arma a distancia, tendría que haber obtenido previamente una cámara, envoltorio o cápsula que, mediante una poderosísima fuerza magnética, orientase y frenase esos átomos, manteniendo el frío constante.

—Y entonces, ¿podría “dispararlo” sobre alguien y congelarle?

—Aun entonces sería preciso que llevase una "camisa" o funda de hidrógeno líquido, para mantener el conjunto a pocas décimas del cero absoluto. Todo eso, sólo podría lograrse conservándolo por algún sistema especial de aislamiento y mantenimiento, al ser lanzado sobre un blanco determinado, próximo o lejano. Entonces, al quebrarse el envoltorio, provocaría la proyección del gas licuado sobre los cuerpos vivos, animales o vegetales, es decir, con vida orgánica, endureciendo terriblemente la carne humana, quebrando los vegetales como simple vidrio... En suma, constituyendo la auténtica muerte helada, irremisible de todo punto.

Hubo un profundo silencio tras aquella explicación un poco confusa para quien no tuviera unas determinadas nociones del tema. Lena asimiló la idea general expuesta por el joven químico y murmuró con voz tensa;

—Sí, estoy segura de que es eso o algo muy parecido... El profesor Fenwick ha creado un arma mortal mediante el Aire Líquido... y un grupo de asesinos la está utilizando ahora con algún fin siniestro...

CAPÍTULO VII

AIRE LÍQUIDO

—Aire Líquido, Cole... Ese es el gran secreto, sí...

Frank Cole contempló al ser encapuchado, cuyos ojos pretendía vislumbrar a través de los vidrios azules y redondos que enmascaraban sus ojos, sin conseguirlo.

— ¿Qué significa eso? —replicó, seco.

—Justamente lo que he dicho y que usted, sin duda, ya entiende — la voz gangosa, disfrazada, del hombre de la caperuza azul, erguido

frente a él, sonó risueña—. No es ningún tonto. Sabe a lo que me refiero.

—El Aire Líquido no se puede utilizar en la práctica.

—Yo sí lo utilizo —le objetó el enmascarado altivamente—. Lo estoy demostrando. Es el gran secreto que va a hacerme poderoso. Más poderoso que nadie en el mundo. La puja está empezando ya, fuera del país. Espero que aquí seguirá. Y las cifras serán al fin astronómicas.

—De modo que ustedes poseen el secreto de la utilización del Aire Líquido como arma letal... Pueden arrojarlo a distancia, para congelar toda forma de vida orgánica...

—Exacto. El cero absoluto. La muerte por el frío más intenso conocido.

—Es un elemento demasiado peligroso para ser manejado así. Puede provocar un desastre...

—No, si se utiliza bien. Yo sé utilizarlo, Cole. Yo soy lo bastante inteligente para hacer eso y mucho más. Lo he logrado sobradamente: he conseguido que le culpen de asesinato a usted, que ahora le crean fugitivo y le busquen a vida o muerte. ¿Cree que cualquiera puede conseguir tanto, frente a un hombre de su talla?

— ¿Y qué espera demostrar con eso?

—Que soy el más potente de todos; prácticamente invencible. Nadie puede enfrentarse al poder que manejo. Ni siquiera ustedes tres. Lena Tiger y Kwan Shang tuvieron que huir ante mis luchadores. Usted... es mi prisionero ahora. Está vencido, admítalo. Ni siquiera puede soñar en evadirse de mí. Aun lográndolo, le darían caza como a un perro rabioso.

Cole no dijo nada. Miró en torno, pensativo. Aquella cámara metálica, hermética, donde las voces resonaban huecamente, podía ser cualquier cosa. Era grande, desnuda, fría. Estaba en medio de ella, ligado de brazos y piernas con un cable especial, del que difícilmente podría librarse sin desangrarse por las heridas que le produjese en brazos y piernas. Ante él, estaba el fantasma azulado que había dicho ser el jefe de la organización. No podía adivinar siquiera su identidad. Aquella caperuza los hacía parecer a todos iguales.

Al otro lado de la cámara rectangular, de alto techo, color aluminio el suelo, muros y techo, dos encapuchados montaban guardia. Ni un mueble ni una ventana.

Absolutamente nada. Del exterior no llegaban sonidos. Si los muros eran de metal, debían de tener compartimentos aislantes. Daba la impresión de una enorme y fría tumba. Y quizá lo fuese para él.

— ¿Por qué me liberó? ¿Por qué mató a esos pobres policías, como ha confesado ahora? Ellos no podían hacer nada si se

desvanecieron igual que yo.

—Di otra muestra de mi poder. Eso es todo. Cuando exija, sabrán que puedo hacerlo. En lo relativo a usted, Cole, debería darme las gracias. Le di la posibilidad de huir de su triste destino en una penitenciaría de la que ya nunca saldría, si no es para ir a la cámara de gas. ¿No prefiere ser mi cautivo?

—No veo dónde está el beneficio —entornó Frank sus ojos acerados—. Usted tal vez me mate antes que ellos.

—Tal vez.

—Y quizá más despiadadamente. No gano nada en el cambio.

—Podría ganar aún, pero tendría que ser a cambio de algo.

— ¿De qué?

—De usted mismo. Pásese a mí lado, luche con nosotros y lo tendrá todo. Formará parte de mi grupo. Incluso podría ser mi hombre de confianza, Cole.

—Sabe que no aceptaré eso. Pero que aunque le dijera que sí, usted siempre tendría la duda de si le engaño para evadirme o para acabar con usted y sus siniestros proyectos.

—Antes le haría una prueba. Dura y difícil. Tendría que matar, por su propia mano, a unos cuantos, usando el Aire Líquido. Pasada esa prueba, ya sería otro Frank Cole. El que yo necesito a mí lado.

—Cuando me inicié en las Artes Marciales hice un juramento que jamás he quebrantado: "Nunca atacaré a nadie si no es para defenderme a mí mismo o a las personas que de mí dependan. Nunca haré daño sin que nadie trate de hacérmelo. No mataré, a menos que con ello evite ser muerto o que muera un ser indefenso y débil,"

—No es eso lo que cree ahora la gente de usted —se mofó la voz gangosa y desagradable del amo y señor del frío asesino.

—Me tiene sin cuidado lo que piensen. Yo sé que soy así y me mantengo fiel a unos principios morales y humanos que todo budoka debe respetar por encima de todo. Ni todo el oro del mundo me haría matar fríamente a nadie. Si es usted tan inteligente debería saberlo.

—Y lo sé, Cole, lo sé —suspiró su anónimo interlocutor, irguiéndose—. Sólo intenté ver si podía convencerle de que vivir es hermoso, pese a todo. Si no acepta mi oferta, allá usted. No es culpa mía. Con ningún otro he sido tan generoso como con usted. Sé lo que vale. Lástima que militemos en campos opuestos...

—Lástima, sí —asintió Cole fríamente—. Lástima para usted. Mientras viva, existe aún una posibilidad de que termine con su imperio de terror y de muerte.

—No existe ninguna, desengáñese —rio la voz agriamente—. Absolutamente ninguna. Lo verá muy pronto, Cole. Ah, por cierto... ¡Eh, Miklos, ven aquí!

Hizo un ademán a uno de sus esbirros. De la pareja de

encapuchados azules uno se despegó. Avanzó hacia Frank y el enmascarado, haciendo que la fría luz fluorescente del interior de aquel recinto hueco arrancara destellos metálicos, mitad plateados, mitad azulados, a su extraña indumentaria térmica.

— ¿Qué desea, jefe? —preguntó, respetuoso, el otro.

—Miklos, por favor, alza tu capucha —ordenó el cerebro de aquella organización criminal—. Quiero que Cole te vea al fin...

El llamado Miklos asintió con un movimiento de cabeza. Luego se arrancó la caperuza de un tirón.

Frank pestañeó, sorprendido, aunque esperaba ya algo así.

Miklos era, exactamente, un duplicado suyo. Un hombre idéntico a él...

El cabello dorado, revuelto, los ojos grises, las facciones enérgicas, la expresión inteligente... Un “sosias” perfecto.

Supo que tenía ante sí al asesino auténtico de Gordon Atkins. Era comprensible el error de los testigos. El parecido no podía ser mayor.

—No nació así, desde luego —rio la voz gangosa—. Es karateka, tenía un parecido... Una intervención quirúrgica, unas lentillas, el cabello teñido, y ya tenemos a otro Frank Cole, capaz de engañar a cualquiera...

* * *

El capitán Sanders contemplaba escéptico a los dos visitantes. No hacía comentario alguno. Se limitaba a mirarles, cruzado de brazos, seguro de que estaban buscando una simple utopía.

Su primera reacción de ira, tras el vil asesinato de los cuatro policías en la carretera de Santa Marina, había dejado paso a una mayor serenidad. Comprendía que ni Kwan Shang ni Lena Tiger tenían culpa de aquello. Dobkin le había pedido que les ayudara. Y aunque la fuga trágica de Frank Cole cambiaba bastante las cosas, no por eso podía culparles de nada a ellos ni dejar de colaborar, cometiendo entonces una imperdonable falta con su viejo amigo Dobkin.

Por eso ahora, Kwan Shang y Lena Tiger estaban examinando aquel voluminoso libro repleto de fichas policiales, de fotografías diversas de individuos con antecedentes.

Él ya les había advertido previamente, cuando supo lo que ambos pretendían:

—Todo el mundo coincidió en Santa Marina en afirmar que quien mató de un golpe a Atkins, era un perfecto karateka. Y los karatekas no figuran en ese fichero. Al menos, no todavía. Su amigo será el primero.

—No buscamos a un budoka, capitán —rechazó Lena—. Un

budoka jamás asesinaría. Tiene que ser otra clase de persona. Alguien que tenga nociones de karate, que las haya perfeccionado... Pero alguien sin el espíritu del verdadero practicante de artes marciales.

Tal vea un criminal. Un asesino que conoce la lucha oriental. Eso es lo que buscamos.

—Ya. Y que, además, sea idéntico a Frank Cole —comentó Sanders, sarcástico.

—No. “Idéntico”, no. Sería demasiado esperar —sonrió Kwan—. Bastará con que sea lo bastante “parecido”. El resto se puede arreglar. Una persona lo bastante lista para planear esa jugada, podría añadir detalles a una semejanza notable... y sacar un buen “doble” de Frank.

Ahora seguían en su tarea de búsqueda incesante. Era ya el segundo volumen, y quedaba uno más. No mostraban desaliento, pero tampoco avanzaban un paso. Ninguno de aquellos maleantes habituales tenía el menor parecido con Frank Cole.

El capitán bostezó y fue a por una taza de café. Estaba a punto de beber, cuando la negra infusión se le derramó encima, al sobresaltarse con la exclamación de Lena:

— ¡Ya! ¡Aquí está!

—Sí, Lena —admitió Kwan—. Puede ser éste.

El capitán gruñó entre dientes, limpiándose las manchas de café sobre su chaqueta y rodeó la mesa para inclinarse sobre el volumen del fichero de, antecedentes.

Se quedó sorprendido. El tipo era de pelo castaño y ojos claros. Pero tenía una cierta semejanza con Frank Cole. Sin embargo, tal vez eso no hubiera bastado. Kwan Shang le señalaba una línea con el dedo. Él la miró. Entre las referencias del delincuente, figuraba una muy clara: “Fue guardaespaldas profesional. Luchador de karate.”

—“Miklos Vadori —leyó Sanders—, Ciudadano húngaro, nacionalizado americano... Acusado de homicidio en dos ocasiones. Robo a mano armada. Agresión. Proxenetismo. Tráfico de drogas...” Todo un angelito. Bien, eso no demuestra nada. Y menos tras esa evasión. Pero haré buscar al tal Miklos, no lo duden...

—De momento eso será suficiente, capitán —sonrió animosa Lena —. Gracias por su ayuda. Vamos acercándonos a la solución final...

— ¿Seguro? —dudó el policía—. Yo sigo viéndolo todo muy oscuro. Especialmente, para su amigo Cole.

—Lo que importa es encontrar a ese Miklos Vadori lo antes posible. Y luego, ir desenredando la madeja, para llegar al final. Si logramos todo eso antes de que a Cole le ocurra nada... estoy segura de que le habremos salvado. Porque entonces quedará demostrada su inocencia.

* * *

Frank contempló la única puerta que tenía aquella enorme cámara de paredes metálicas y frías, alumbradas por tubos de fluorescencia. Recordaba el lugar, en cierto modo, a un frigorífico. Sólo que allí no había hielo ni serpentines visibles.

El misterioso jefe entraba de nuevo. Con él lo hicieron tres de sus hombres, vestidos y encapuchados como siempre. Se detuvieron ante Frank. Este se estremeció al ver unos recipientes en forma cuadrangular adosados a sus espaldas, como si fuesen a visitar la Luna. De esos recipientes salían unos tubos o mangueras flexibles que ellos sujetaban con su mano.

—Tenemos una misión especial hoy —dijo la voz burlona del hombre encapuchado que dirigía a toda aquella horda de asesinos azules—. Muy especial, Cole. ¿Sabe lo que es esto?

—Lo imagino fácilmente. Aire Líquido...

—Eso es. Helio licuado. Un chorro de hidrógeno líquido brota con él, envolviéndolo. Un sistema electromagnético muy potente y concentrado, guía y hace eficaz la energía congeladora del helio. El gas licuado sale disparado, en cápsulas que estallan sobre el blanco, sin que resulte visible el proceso. Es la muerte. La muerte, Cole.

—Ya me ha contado todo eso antes. No vuelva a importunarme con sus sueños de grandeza. Está usted loco y, como todos los locos, terminará mal.

—Por el contrario, Cole. Yo estoy muy cuerdo. Tanto, que he roto con todo. Con mi vida anterior, con mi ambiente, con mis cosas... Todo en absoluto. Soy otra persona. Y alcanzaré lo que me propongo. Demostraré a todos que soy superior. Que no pueden nada contra mí.

—Me aburre usted.

—Ahora no le aburriré. Ya le dije que íbamos a realizar una misión “muy” especial. ¿Sabe cuál es? Vamos a probar ese maravilloso invento en otras personas. Habrá dos estatuas de hielo más. Y esta vez serán dos personas muy allegadas a usted: Kwan Shang y Lena Tiger.

Frank Cole palideció. Por vez primera en su vida, una profunda cólera casi le cegó. De estar suelto, tal vez hubiera cometido una locura, olvidando las normas de su vida.

—Monstruo... —silabeó—. No será capaz...

—Claro que lo soy —rio aquella voz repulsiva, bajo la caperuza azul—. Se están acercando demasiado. Hoy he oído rumores en Los Ángeles de que la policía anda haciendo redadas. En busca de Miklos, su “doble”. Eso sólo puede ser obra de ellos dos.

Empiezan a resultarme demasiado molestos.

—Espere. No lo haga. No puede matarles a ellos...

— ¿No? Volveré para decirle cómo quedaron, cuando se conviertan en carne dura como la piedra, bajo un diluvio de aire líquido...

—Hágalo, y le destruiré. Juro que lo haré, no importa lo que haga para evitarlo— silabeó Cole, mirándole fríamente.

—Sabe que no puede hacer nada. Es mi prisionero. Ni siquiera conoce mi identidad. Le haré matar cuando quiera. Ahora mismo me bastaría con proyectar un poco de este recipiente sobre usted... y se convertiría en hielo puro.

—Hágalo. Será mejor eso que ir a matarles a ellos. Elimíneme a mí.

—Veo que les estima usted mucho. ¿Es simple amistad por ambos... o es amor por esa bella mulata?

—No haga preguntas. Me tiene a mí. Termine conmigo y habrá ganado la partida. Sin mí, cuando me hallen sin vida, ellos dejarán ya de luchar. Si lo hacen ahora tan obstinadamente es por intentar salvarme. Después, ya no tendría objeto.

—Después, buscarían venganza.

—Un budoka jamás piensa en la venganza.

—Bueno, llámele justicia o como quiera. Seguirían molestando. Es mejor así. Vamos a viajar a Los Ángeles. Usted no estará lejos cuando ello ocurra —rio el encapuchado—. Realmente ya estamos de viaje...

Frank Cole notó entonces que se movían. Que aquel recinto estaba en marcha, rodando, deslizándose sobre algo. Una idea súbita le asaltó.

Sin duda era un ferrocarril de vagones frigoríficos. Y en uno de ellos iba secretamente incrustada aquella especie de celda. Tal vez en otro irían los asesinos encapuchados, con su misterioso jefe y su carga de aire líquido. Un tren privado de alguna industria frigorífica. Un perfecto escondrijo para cualquiera.

Podían desplazarse de ciudad en ciudad sin que nadie sospechara nada. Tras la puerta, debía estar la cámara visible, repleta de mercancías congeladas. Detrás de aquella fachada, el refugio secreto, la madriguera de los criminales.

Y ahora iban a toda velocidad hacia Los Ángeles. A matar a Kwan Shang y a Lena Tiger... Algo que él no podría esta vez evitar.

CAPÍTULO VIII

FRENTE A FRENTE

— ¿Insisten en seguir adelante con esto?

—Sí, capitán —asintió Lena Tiger, con voz firme—. Insistimos. Tenemos que hacerlo, pase lo que pase.

—Es muy arriesgado —señaló el oficial de policía de Los Ángeles —. Si realmente existe esa organización y su amigo Cole es ajeno a ella, sus vidas corren grave peligro.

—Es inevitable. El riesgo forma parte de nuestra vida —sonrió tristemente el joven chino—. Tenemos que encontrar a Frank Cole. Haremos lo que sea con tal de lograrlo, capitán.

El capitán Sanders meneó la cabeza, ceñudo. Parecía estar luchando entre sus propias convicciones y la férrea seguridad que advertía en sus dos interlocutores.

— ¿Realmente siguen creyendo a ciegas en la inocencia de su amigo?

—Totalmente —afirmó Lena.

—Pero él ha desaparecido. Y hay más muertes por ese maldito frío asesino...

—Estamos seguros de que él está ahora cautivo de esa gente. Incluso podría suceder que le hayan matado. Esperemos que eso no sea así.

— ¿Quiénes sospechan que pueden estar tras de todo esto, si no es Cole el responsable de todo?

—Cualquiera. Una persona que conocía el secreto de esa forma de matar mediante un frío controlado. Y que espera obtener con ello grandes beneficios. Muchas organizaciones criminales, e incluso gobiernos extranjeros, estarían dispuestos a pagar por el descubrimiento del doctor Fenwick, estoy seguro —afirmó Kwan Shang.

—De Fenwick tampoco sabemos nada. ¿No podría ser él mismo quien manipulara su propio secreto para convertirse en alguien rico y poderoso?

—Es una posibilidad —admitió Lena, encogiéndose de hombros—. También puede ser Morgan Wise, un viejo amigo de Cole. Sea quien sea, se mueve en la sombra, sin dejarse ver, y capitanea a esos asesinos del traje azul de material hermético al frío. Es una organización y trabajan con método. El secuestro de Cole y la muerte de sus hombres, capitán, así lo demuestra.

—Es posible que tengan razón —se encogió de hombros el oficial de policía con gesto sombrío—. Pero, oficialmente, nada puedo hacer por ustedes en este caso. Mis superiores piensan de un modo muy

distinto respecto a Frank Cole y su papel en este drama, lamentablemente. Recuerden que aún es un hombre acusado de asesinato, que además ha desaparecido cuando era trasladado a la prisión, y cuya escolta ha muerto bajo el efecto del frío asesino. Por lo tanto, difícilmente puedo convencer a mis superiores de que él sea inocente de esos cargos. Pero como amigo y de modo extraoficial, cuentan con mi ayuda. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Verá, capitán... —Lena pareció animarse ligeramente—. Tengo una idea, y tal vez resulte... Pero será muy arriesgada, naturalmente...

* * *

Los encapuchados azules se desplazaban silenciosamente en la sombra. Lentamente iban rodeando la zona.

—Con cuidado —avisó la voz fría, bajo la caperuza azul—. Que no adviertan nada ninguno de los dos...

La furgoneta permanecía abierta, tras de ellos. En las manos enguantadas de los siniestros personajes, los tubos metálicos parecían dispuestos a vomitar en cualquier momento su gélida amenaza mortal.

Eran cautelosos en sus movimientos, como sombras azuladas que se mezclaban con las sombras de la desierta y silenciosa zona escogida por el grupo para su inminente golpe de sorpresa.

—La maniobra ha resultado —susurró la voz del jefe del grupo, señalando hacia el pequeño edificio aislado—. Se han dirigido en busca de alguna posible pista. No saben que con ello firman su sentencia de muerte...

Ni Kwan Shang ni Lena Tiger habían parecido advertir, cuando abandonaban las oficinas del Departamento de Policía de Los Ángeles, la presencia de una inofensiva furgoneta comercial, a sus espaldas, siguiendo su mismo camino.

En realidad, no daba la impresión de que aquel vehículo pudiera ir siguiendo a nadie. Incluso llegaron a perderlo algunas veces, pero los que viajaban a bordo de la furgoneta en ningún momento les perdieron a ellos.

Un indicador electrónico, a bordo del vehículo, iba señalando el trayecto del automóvil conducido por Kwan Shang, con Lena a su lado, de modo que sólo unas pocas calles más adelante la persecución se reanudaba con igual exactitud que si en ningún momento hubieran perdido de vista al vehículo de los dos Dragones de Oro.

Estos no podían saber que, adosado a la parte posterior del automóvil, llevaban un electrodo adhesivo, que emitía las vibraciones capaces de detectar su presencia y recorrido, aun sin tener que ir pegado a él de forma ostensible.

De ese modo, habían llegado los dos jóvenes budokas a aquel

apartado lugar de las afueras de Los Ángeles, donde se acostumbraba a llevar a cabo toda experiencia científica o técnica de los Laboratorios Fenwick, cuando ello implicaba algún posible riesgo para la central. Solamente unos pocos edificios aislados, una zona llana y desierta y unos cobertizos, formaban el lugar de experimentación del profesor Fenwick.

Más allá, postes de teléfono, carretera y alguna que otra vivienda salpicando la campiña, formaban en torno un paraje adecuado para cualquier experiencia con peligro.

Los dos jóvenes cruzaron la extensión alambrada, metiéndose en una de las edificaciones, la más aislada y solitaria de todas.

Fue la señal para que los encapuchados azules entrasen en súbita actividad. Dentro de la furgoneta, aparcada tras un montículo y una tapia medio derruida, sonó la orden tajante:

— ¡Ya! Acabemos con ellos dos...

Y los fantasmas de plata y azul emergieron, provistos de sus terroríficos tubos de hielo mortal, empezando a avanzar cautelosamente hacia la edificación donde se metieron Lena y Kwan.

El jefe del grupo hizo un gesto a los demás. Cauto, se aproximó y escudriñó el interior a través de una polvorienta ventana.

Kwan y Lena habían encendido una bombilla en el interior. Una luz amarillenta y triste alumbraba el cobertizo en desuso. Al fondo, eran visibles las figuras del joven chino, con su lacio cabello negro, lustroso, y la inconfundible silueta turgente de Lena Tiger, con su pelo afro y sus formas llamativas. Ambos permanecían inmóviles, inclinados sobre unos recipientes de productos químicos que, sin duda, estaban examinando, bien ajenos a lo que les acechaba.

—Es el momento —susurró el encapuchado de azul.

Hizo un gesto a sus hombres. Estos avanzaron hacia la entrada del recinto. La luz de la bombilla iluminaba nítidamente la oscura y reluciente piel de la mulata, y el tono aceitunado del rostro inclinado del joven chino.

Seguían bien ajenos a cuanto estaba sucediendo allí cerca, en torno suyo, abstraídos sin duda en su tarea investigadora.

El jefe hizo un gesto. Su brazo se alzó. Luego descendió.

Proyectaron los tubos sobre la pareja de jóvenes luchadores. Luego, los dedos enguantados de azul plateado, presionaron unos resortes.

Hubo un agudo, súbito sonido sibilante y una resplandeciente luz azul envolvió a los ocupantes del cobertizo, proyectando sobre ellos el haz deslumbrante del Aire Líquido.

Este, convertido en frío mortal, se desparramó sobre la joven pareja, congelándola y convirtiendo sus cuerpos, en breves instantes, en humeantes formas rígidas, cubiertas por una densa costra de hielo

endurecido, de un vivo tono azul cristalino. El vaho terrible de la muerte helada lo envolvía todo. Los encapuchados, rápidamente, dieron marcha atrás, cerrando las espitas de sus mortíferas armas. La voz ronca del cabecilla ordenó, abrupta:

— ¡Vamos ya al coche! ¡No podemos entretenernos aquí!

Luego soltó una carcajada al contemplar las dos heladas figuras, rígidas e inmóviles para siempre, de quienes fueran en vida compañeros inseparables de Frank Cole en sus peripecias por ayudar a los demás, poniendo al servicio de los débiles sus conocimientos de Artes Marciales.

Ahora Kwan Shang y Lena Tiger eran solamente dos estatuas de hielo, dos cuerpos azules, abatidos por la muerte fría.

El Aire Líquido del profesor Fenwick se había cobrado dos nuevas víctimas. Ahora Frank Cole estaba solo. Y el amo del frío no iba a dejarle así por mucho tiempo.

Su idea era enviarle pronto con sus dos infortunados camaradas.

Justamente en cuanto llegasen al tren que les servía de refugio y madriguera.

* * *

Frank Cole contempló con ojos helados a su interlocutor de la caperuza azul. Una sensación de frío mortal, como si el Aire Líquido hubiese penetrado en sus venas, le invadió al oír la trágica y terrible noticia:

—Lamento informarle, Cole, de que está ya solo en el mundo. Los Tres Dragones de

Oro han dejado de existir. Definitivamente. Dos de ellos murieron congelados. El tercero va a seguirles muy pronto...

—Miserables... —jadeó Frank, trémulo. Cerró sus ojos. Evocó penosamente a Kwan, a Lena... Especialmente a Lena, aunque también sentía un entrañable afecto por su joven amigo chino. Pero ella, la mujer de piel oscura que tanto le amara, que en tantas ocasiones intentara sacrificarse por él... Por vez primera quizá sintió odio. Un odio infinito hacia aquel ser maligno que había llevado la muerte sobre sus fieles amigos.

—No les llorará mucho tiempo, Cole —rio la voz bajo la máscara—. A fin de cuentas, usted también nos estorba. Más aún que sus amigos. No bastó con hacerle parecer como culpable de asesinato. Era capaz de salir bien librado de eso, con la ayuda de sus compañeros. Ustedes tres eran el mayor peligro para mi empresa; siempre estuve seguro de ello.

—Y por eso resolvió eliminarnos como fuese...

—Sí, Cole. Lamentablemente, se cruzaron en mi camino. Podían

quitarme la gran oportunidad de ser rico, inmensamente rico, con este secreto prodigioso de controlar y utilizar el Cero Absoluto en mi beneficio...

—De todos modos, no podrá triunfar. Los hombres como usted no llegan nunca a la meta soñada. La propia ambición les mata. Sus crímenes pesarán sobre usted como una losa. Y le hundirán en el mismo desastre que causó a los demás.

—El moralista Frank Cole, presagiando el castigo divino —rio sarcástico el jefe de los encapuchados—. Vamos, vamos, no sea ingenuo. Sabe que aquí todo va a terminarse para usted. Y que todo empieza para mí. Seré poderoso, rico, amo y señor de cuanto desee... Usted sólo será lo que ahora son sus amigos queridos: simple hielo quebradizo. Un cuerpo congelado a casi 273 grados bajo cero... ¡Adiós, amigo Cole! Me voy. Ya no me verá más. Mis hombres se ocuparán de usted en breves momentos.

— ¿Ni siquiera va a permitirme ver su rostro, ahora que debo morir? —indagó Cole, despectivo—. Lo muertos no podemos hablar, después de todo.

—Muy cierto. Pero no quiero que mi gente pueda ver mi rostro —replicó el otro—.

Tendrá que llevarse también esa incógnita a la tumba, Frank Cole. Lo siento.

—No lo sienta demasiado —le miró fríamente—. Creo que sé quién es...

— ¿De veras? —dudó, burlona, la voz del encapuchado—. Quizá se equivoque...

—No lo creo. Apostaría algo, si lo tuviera, a un solo nombre.

—No tiene nada que apostar. Ni siquiera la vida.

—Lo sé. Por eso no apuesto. Pero sé quién es usted. Y creo que usted empieza a comprender que realmente... es así.

El jefe de los encapuchados miró largamente a Cole. Asintió despacio, tras el prolongado silencio.

—Sí, creo que realmente lo sabe —admitió—. Si es así, ¿qué le dio la pista?

—Ese esbirro suyo, Miklos.

— ¿Su doble?

—Sí.

— ¿Por qué él?

—No es difícil imaginar que donde hay un doble... puede haber “dos” —silabeó duramente Cole, encajando las mandíbulas.

El otro dio un paso atrás. Luego asintió:

—En efecto. Veo que sabe quién soy. Lo lamento, amigo mío. Tuve que hacerlo, ya se lo dije. Todo estuvo bien preparado, no me lo negará.

—Sí. Todo estuvo muy bien —suspiró Cole—. Si al menos me hubiera vencido a mí, le perdonaría todo. Pero Kwan y Lena... Eso no tiene perdón alguno.

—No está usted en situación de perdonar o no. Adiós, Cole. Hasta nunca... Su doble, Miklos, se ocupará precisamente de usted. Buen viaje a la eternidad... Yo tengo cosas que hacer en otro sitio. Volveré con mis hombres para verle convertido en estatua de hielo...

Salió, cerrándose tras él la metálica puerta de color aluminio. Frank Cole se quedó solo con su dolor y su angustia. Musitó entre dientes, roncamente:

—Kwan, mi querido amigo... Lena, mi vida...

Y una humedad insólita asomó a los grises, fríos ojos de Frank Cole.

* * *

Miklos entró con paso tranquilo en la amplia cámara metálica. Otro encapuchado iba con él. Se enfrentaron a Frank en silencio.

—Ha llegado la hora —dijo su doble, con voz sorda.

Cole alzó la mirada, indiferente. Nadie captó en su rostro viril, bajo los dorados cabellos revueltos, el menor gesto de temor o de angustia. No revelaba sus emociones en absoluto,

— ¿Es el momento de la ejecución? —preguntó al hombre que tanto se parecía a él, Y su voz no tembló lo más mínimo.

—Sí, Cole —afirmó el otro—. Cumplo órdenes, eso es todo.

—Claro. Usted siempre cumple órdenes. Mata por encargo, Miklos. Es sólo un asesino a sueldo. Buen karateka, pero sin conciencia de budoka auténtico. Capaz de utilizar sus conocimientos para matar... como hizo en Santa Marina, suplantándome ante todo el mundo.

—Dejemos la charla —cortó agriamente Miklos, ajustándose la caperuza a su cabeza, y ajustando la misma a su indumentaria, para cerrarla herméticamente—. Cuanto antes termine, tanto mejor. Este maldito frío no me gusta demasiado...

Hizo un gesto a su acompañante. Este preparó el arma mortal. La puerta volvió a abrirse. Miklos, irritado, se volvió hacia ella. Otros dos encapuchados penetraron por la misma, llevando los tubos lanzadores del frío mortal.

— ¿A qué venís? —se irritó—. Dije que os quedaseis fuera, vigilando. Recordad que esto es, a fin de cuentas, un tren frigorífico. Incluso en este apartadero de la estación puede ser peligroso si alguien se acerca y ve algo raro. Volved afuera, pronto. Nos bastamos nosotros para terminar con Frank Cole, no lo dudéis.

Los otros encapuchados se miraron, al parecer dudando entre obedecer o no. Luego iniciaron la retirada, dócilmente. Miklos se

dispuso a actuar sobre Cole, hacia el que ya apuntaba el tubo de su compinche.

—Hasta la eternidad, amigo —rio su doble con sarcasmo.

E hizo un gesto para indicar a su compañero que actuase. Sólo que éste no llegó a hacerlo.

Acababa de caer a sus pies, completamente inmóvil, soltando el tubo del Aire Líquido.

Miklos se dio cuenta y lanzó una sorda imprecación bajo su caperuza.

— ¿Qué diablos significa...? —exclamó, airado.

Entonces descubrió lo que había sucedido. La pareja de encapuchados continuaba allí ante él. Uno de ellos había soltado un seco golpe sobre el cráneo de su compinche. La caperuza no bastó a frenar la contundencia del impacto y el asesino yacía inconsciente sobre el suelo del vagón.

— ¡Traición! —aulló Miklos, furioso, precipitándose a recoger el tubo lanzador del frío de muerte.

No le dejaron. El que golpeara antes a su compinche disparó ahora su pierna contra Miklos, y el karateka recibió un brutal puntapié en pleno mentón. Pero lo encajó bien e intentó un *Mae-Geri-Jodan* que no le resultó, porque su contrincante, moviéndose como un ágil fantasma azul, aludió su golpe, y pasó a su vez al ataque, descargando contra las ingles del doble de Cole un fulminante impacto de rodilla. Se dobló Miklos, con un gemido, y su antagonista remachó su ataque descargando un mazazo con su puño cerrado sobre la nuca. Como un toro herido, Miklos se desplomó ante Cole, inerte.

— ¡Ese golpe...! —Frank miró, esperanzado, a la pareja de encapuchados—. No es posible... ¡Kwan! ¡Lena!

Eran ellos. Se acababan de despojar de sus caperuzas. Le miraban, sonrientes.

Incrédulo, Cole trató de zafarse de sus ligaduras. El joven chino se precipitó a ayudarle, sin perder tiempo.

— ¿Te dijeron que habíamos muerto? —preguntó Kwan Shang.

—Sí... —les miró, enternecido. Sus ojos se clavaron en Lena—. El frío...

—No nos hizo nada —rio Lena de buen humor, dominando su propia emoción e inclinándose para besar a Frank apasionadamente en los labios—. Ellos atacaron a un par de maniquíes perfectamente dispuestos para la trampa. No sospecharon que nosotros sabíamos que éramos seguidos, y habíamos dispuesto un truco, ayudados por el capitán Sanders, de la policía de esta ciudad. Desaparecimos en una casa donde previamente se habían depositado ya los maniquíes, alejándonos lo más posible del frío mortal. Luego seguimos a esa gente hasta aquí.

— ¿De qué modo?

—Parecido al que ellos utilizaron con nuestro coche: un detector de campos electromagnéticos. El arma que usan precisa de un campo electromagnético donde apresar el aire helado. Eso deja unas radiaciones determinadas, tú lo sabes. Esas radiaciones nos condujeron hasta aquí, Frank...

—Bien. Ahora vamos a resolver esto, de una vez por todas —suspiró Cole—. ¿Hay gente en el exterior?

—No mucha. Derribamos a dos de ellos para quedarnos con sus ropas. Hay otros dos a la cabecera de este convoy. La zona está muy solitaria. Es un apartadero ferroviario para carga y descarga de frigoríficos. Un buen escondrijo, la verdad.

—Y siempre en movimiento —asintió Cole, ceñudo. Se desperezó, para desentumecer sus miembros—. Vamos, hay que terminar con esto. Cuanto antes. Cada momento que pasa, nos enfrenta a la posibilidad de que haya nuevas víctimas de esa horrible arma...

—El jefe ¿es alguno de ellos? —señaló Kwan a los caídos.

—No. —Frank quitó la caperuza a Miklos y ató luego a éste y a su esbirro—. Pero es la prueba que necesitamos para salir yo absuelto definitivamente. Este me suplantó, ocupando mi puesto en Santa Marina, cuando cometió el asesinato.

—Vaya... Sí, se parece a ti... Miklos, el budoka, ¿no? —comentó Lena.

—Exacto. ¿La sabíais ya?

—Lo averiguamos en los archivos policiales. Sanders, el capitán de Homicidios, estaba investigándolo ya. Nos ayuda cuanto puede. Será muy feliz si le aportamos toda clase de pruebas...

—Tenemos que hacer algo más que eso: llevarle a Miklos. Y también al jefe. Y terminar con la amenaza de ese frío mortal.

—Haremos lo que sea, Frank —asintió Kwan—. ¿Qué sugieres?

—Como principio, terminar con esos dos que vigilan el convoy. Y registrar todo éste, de arriba abajo.

— ¿Esperas encontrar algo?

—Sí. Prisioneros.

— ¿Prisioneros? —dudó Lena.

—Estoy seguro de que, en alguna parte, hallaremos a mí amigo Morgan Wise, cautivo de estos canallas.

— ¿Wise? Creí que él sería el jefe de los encapuchados... —comentó Kwan.

—No, no lo es. Mi amigo no haría eso nunca.

—Entonces... ¿es el profesor Fenwick quien usó su propio invento como un arma criminal, para obtener con ella una fortuna? —indagó Lena.

—No. Me temo que Fenwick también es su prisionero, a menos que

ya esté muerto, Lena.

—Pero, entonces... ¿quién dirige todo esto?

—Un hombre al que todos dan por muerto: Gordon Atkins.

— ¡Atkins! —exclamó Lena, asombrada—. Pero... ¡pero si Miklos, ese doble tuyo, le mató a la vista de todo el mundo!

—Atkins usó un doble para cubrir mi puesto. Y otro doble para el suyo propio...

—Pero Ivy, su hija... lo hubiera notado. ¿O ella sabía ya que...?

—Me temo que Ivy lo sabía, pero su padre le dio una versión especial de los hechos. Sin duda, la historia de una quiebra o algo así. Incluso es posible que esté realmente arruinado y por eso busque una fortuna con el invento de Fenwick, a quien secuestró y robó el secreto, tras impedir que se celebrara la convención en Santa Marina, haciendo matar a un hombre que era su doble exacto o poco menos, ya que una vez muerto nadie iba a examinar tan minuciosamente el cadáver como para advertir el cambio. El pobre diablo que ocupó el puesto de Atkins nunca supo, sin duda, que iba a ser asesinado en aquella farsa...

— ¿El mismo te ha confesado ya todo eso?

—No, Lena. Él no me dijo nada. Ni siquiera vi su rostro. Pero rara vez olvido el sonido de una voz. Yo conocía a Atkins lo suficiente. Recordé su voz. Luego, al ver a Miklos, até cabos. Y pensé en su ingenioso juego criminal...

— ¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Imagino que fue a ver a alguien, interesado en ese secreto del Aire Líquido controlado. Algún representante de un país extranjero, sin duda. No tardará en volver.Para entonces, es preciso tenerlo todo a punto...

—Sí, Frank. Vamos. No perdamos tiempo...

CAPÍTULO IX

HELADA JUSTICIA

La furgoneta se detuvo ante las vías férreas del apartadero.

Se abrió su puerta, saltando a tierra los tres hombres de la caperuza azul. Tras una ojeada en derredor, descubriendo la total soledad del lugar, se movieron hacia el convoy detenido en el apartadero, con sus bruñidos vagones aluminizados, donde se conservaban las mercancías congeladas.

—Frank Cole ya ha debido morir —comentó la voz del jefe, bajo la caperuza—. Me hubiera gustado verlo, pero esa entrevista no admitía demoras. Ha valido la pena ausentarse de aquí por este tiempo. Un contrato por cien millones de dólares... Es más de lo imaginado.

— ¿Será todo lo que obtengamos con la “muerte helada", jefe? —se interesó uno de sus esbirros.

— ¿Todo? —una carcajada hueca sonó dentro de la caperuza—. ¡Oh, no, cielos...! Esto es sólo el principio... El principio de un hermoso futuro lleno de cientos, de miles de millones para todos. Pero esos cien millones nos servirán para desarrollar más aún este invento y ser los verdaderos dueños y señores del Frío de la Muerte...

Volvió a reír, aproximándose al convoy. Golpeó de modo convenido la parte posterior de uno de los vagones frigoríficos. La puerta se abrió. Un encapuchado de azul asomó por ella.

—Ya hemos regresado —dijo secamente el jefe, subiendo al convoy—. ¿Todo va bien aquí?

—Sí, patrón —afirmó la voz sorda, bajo la máscara—, todo bien.

— ¿Y... Frank Cole?

—Helado —rio la voz—. ¿Quiere verlo?

—Claro. Vamos allá.

Cruzaron por entre productos congelados, hasta una puerta al fondo, que fue abierta. Surgió de ella un vaho glacial. Un bulto informe yacía al fondo. Entró el jefe en la pieza. Contempló la forma helada,

—Muy bien —aprobó—. Deshaceos ahora de él. Que nadie sepa que ha muerto. Mientras le crean responsable de todo, nos dejarán tranquilos a nosotros.

Salió de la cámara glacial. No llegó a advertir siquiera que el “cadáver” helado de Frank Cole, no era sino un bulto en forma humana, cubierto por la mortífera costra de hielo. El propio vaho del frío letal hacía borrosa la imagen.

Se quitó los guantes metálicos y aflojó el cuello de su caperuza, para respirar mejor, aunque sin descubrirse para no revelar su identidad ante sus hombres. Observó que sus dos compinches no estaban ahora presentes, tras el viaje de regreso.

— ¿Y mis compañeros? —indagó—. ¿Dónde están?

—Salieron —dijo uno de los encapuchados, encogiéndose de hombros.

— ¡Maldita sea, hacedles volver! No me gusta que deambulen por ahí y lo saben. Si alguien les ve podrían delatar nuestro refugio...

Se quedó sorprendido al ver que los encapuchados le rodeaban en silencio. Los miró uno a uno. Ninguno hacía acción de obedecerle. Se irritó:

—Vamos, vamos, haced lo que os dije, enseguida. ¿A qué esperáis?

—Atkins, ¿no nos reconoces? —preguntó fríamente un voz tras una caperuza.

— ¡Esa voz! —el jefe se echó atrás, con sobresalto—. Wise...

—Yo mismo, sí.

— ¿Y a mí? ¿No me reconoce, Atkins? —sonó la voz de otro enmascarado.

— ¡Profesor Fenwick! —aulló el jefe—, ¿Quién les liberó?

—Nosotros tres —dijo uno del trío restante de encapuchados—. ¿También puede reconocernos?

—No... no es posible... Ustedes tres... ¡están muertos! —jadeó el jefe.

—Se equivoca, Atkins —rio la voz de Frank Cole—. No ha logrado terminar conmigo. Y tampoco con Kwan Shang y con Lena Tiger. Los Tres Dragones de Oro aún existen. Usted no pudo vencerles.

—No puede ser... ¡Yo vi sus cadáveres helados! ¡Yo fui testigo de todo!

—Usted sólo vio dos maniquíes, Atkins, También nosotros sabemos montar farsas, aunque sin necesidad de matar a gente inocente —sonó la voz de Lena Tiger—. Usted, en cambio, necesitó asesinar a un pobre actor que cubría su puesto... Un crimen más a su larga lista.

—No pueden hacer nada contra mí —la voz de Gordon Atkins, jefe del grupo, sonó aguda. Se arrancó la caperuza, furioso, y asomó su rollizo rostro congestionado—, ¡No me vencerán ustedes! ¡Aún tengo gente fiel, hombres a mí servicio...!

—No tiene a nadie, Atkins —negó Cole, fríamente—. Ahora, todos ellos están reducidos a la impotencia. No pueden ayudarle. Nos hemos ocupado de eso en su ausencia. Tiene que admitir que ha perdido la batalla. Ahora sólo le queda entregarse, decir toda la verdad, pagar sus culpas...

— ¡No será tan fácil! —aulló, precipitándose hacia el exterior—, ¡Aún puedo luchar contra todos ustedes, malditos sean!

— ¡Vuelva, Atkins! —le avisó Cole—. No puede huir. La policía está ya en camino. En pocos minutos, esto estará rodeado definitivamente, y no tendrá escapatoria posible...

Atkins, sin escucharles, se había lanzado con rapidez fuera del metálico vagón. Se precipitó por entre las vías en busca, sin duda, de la furgoneta para huir.

Cole y sus dos compañeros se lanzaron tras él con rapidez. Pero Atkins tenía más costumbre de moverse con aquel incómodo atavío metalizado y por ello les sacó una leve ventaja que aprovechó para llegar lo antes posible a la furgoneta aparcada allí cerca...

Los tres budokas ya le daban alcance, recuperando el terreno perdido. Atkins se dio cuenta y se revolvió, furioso, mirándoles con odio.

— ¡Muy bien! —aulló—. Puesto que lo quieren... ¡moriremos juntos!

Y se precipitó hacia la puerta posterior de la furgoneta, que abrió rabiosamente, dirigiendo sus manos a dos armas simultáneamente. Una de ellas, al temible tubo de Aire Líquido. La otra, a un fusil ametrallador portátil.

Cole adivinó enseguida sus intenciones:

— ¡Quiere perforarnos a balazos el uniforme, para disparar el aire líquido y morir todos aquí!

Lo peor es que ambas armas iban a ser manejadas simultáneamente, provocando así el caos final, Pero en ese instante, cuando sólo un segundo separaba a los tres budokas de la muerte cierta, cuando ya el dedo de Atkins se curvaba en el gatillo, presto a hacer los escasos disparos precisos para abrir boquetes en el metalizado atavío de los Dragones de Oro, ocurrió lo imprevisto.

Quizá lo providencial.

Porque de la mano nerviosa, trémula, de Gordon Atkins, cayó al suelo el tubo de los rayos de luz helada. Y al caer resbaló de sus manos el resorte de disparo, abriéndose la espita.

Brotó el chorro de radiante luz, de gélida bocanada de muerte, en medio de un espantoso silbido. El dedo de Atkins, en décimas de segundo, quedó engarfiado sobre el gatillo, sin llegar a dispararlo. Incluso el arma se cubrió de una costra de hielo azul. El cuerpo de Atkins, con sus manos sin guante y su cuello desprendido del resto del atavío, acogió toda la terrible carga de frío mortal que él mismo disparara involuntariamente.

Ninguno de ellos llegó a captar su último rictus de horror y de muerte, pero el cuerpo de Atkins cayó pesadamente, rígido como un témpano polar.

En la distancia, sonaron sirenas policiales aproximándose. Cole avisó roncamente a Lena y a Kwan:

—Id e impedid que se acerquen peligrosamente a esta zona, en tanto el aire se renueva y la ola de frío se dispersa...

Asintieron sus dos compañeros. Sobre las vías, ante el tren frigorífico que fuera su madriguera, el amo del Frío ya no era sino un

trozo de hielo, una víctima más de su propio ingenio mortífero.

Se había hecho justicia.

EPILOGO

Los brazos morenos de Lena acogieron a Frank Cole amorosamente. Sus labios se encontraron.

—Frank...

— ¿Sí, Lena?

—Ha sido la ocasión en que más he sufrido. Creí perderte... para siempre.

—Yo también, Lena. Yo también. Por fortuna, todo quedó ya atrás...

—Sí, todo. Espero que nunca más ocurra nada parecido. No ya respecto a ese terrible frío de muerte, sino a ti... Que nunca vuelvan a presentarte como culpable, y me dé cuenta de que puedo perderte, de que puedes morir...

—Eso puede sucedemos en cualquier momento de nuestra agitada vida, Lena.

—Lo sé, pero es diferente.

— ¿Diferente?

—Sí, Frank querido. Muy diferente. Es... como correr un riesgo que uno sabe de antemano. Lo de está vez fue otra cosa. Algo así como una pesadilla.

—Lo bueno de las pesadillas es que siempre despierta uno de ellas, tarde o temprano.

—En esta ocasión, pudo haber sido demasiado tarde.

—Pero no lo fue. Y eso es lo que cuenta.

— ¡Oh, Frank, te quiero...! Sé ahora que te quiero como jamás quise a nadie...

— ¿Sabes una cosa, Lena? Yo también he sabido, mejor que nunca, lo mucho que deseaba verte, tenerte a mí lado... Y eso ocurrió ahora. Precisamente ahora, Lena... cuando más lejos te tenía.

Se miraron a los ojos. De nuevo se encontraron sus bocas.

Yesta vez, no tenían intención de despegarse, mientras sus cuerpos se enroscaban en un ardiente contacto cada vez más íntimo...

Era un bello despertar para una horrible pesadilla.

F I N







¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:**

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

Impreso en España